MAUPASSANT

EL

TESTAMENTO

PQ2349
T4
S6

1020026660

EL TESTAMENTO

Núm. Clas. N
Núm. Autor M452t
Núm. Adq. 30516
Procedencia -8-
Precio
Fecha
Clasificó
Catálogo

OBRAS
DE
GUY DE MAUPASSANT

	Tomos
El buen mozo	2
La señorita Perla	1
La criada de la granja	1
Berta	1
Bajo el sol de Africa	1
El testamento	1
La loca	1
La abandonada	1
Miss Harriet	1

GUY DE MAUPASSANT

EL TESTAMENTO

Traducción de AUGUSTO RIERA

CAPILLA ALFONSINA
UANL
85938
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

BARCELONA
Casa Editorial Maucci
Calle Mallorca, 166

BUENOS AIRES
Maucci Hermanos
Calle Cuyo, 1070

1905

30516

843
M.
PQ2349
T4
S6
1

Esta obra es propiedad de la Casa Editorial Maucci, de Barcelona.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Tipografía de la Casa Editorial Maucci.—Barcelona.

EL TESTAMENTO

El testamento

A Pablo Hervieu.

Conocía mucho á aquel buen mozo que se llamaba Renato de Bourneval. Era amable aunque algo triste, parecía estar desengañado por completo; se advertía de buenas á primeras que era escéptico con escepticismo mordaz, que con sólo una palabra deshacía una de las hipocresías humanas. Repetía muy á menudo: «No hay hombres honrados, ó por lo menos sólo lo son por comparación con otros mucho más canallas.»

Tenía dos hermanos con quienes no se trataba: los señores de Courcils. Varias veces me habían hablado de un caso raro que ocurrió en el seno de aquella familia; pero sin darme ningún detalle.

Como Renato me era muy simpático, pronto fuimos amigos. Un día que comí solo con él en su casa, se me ocurrió preguntarle:

—¿Es usted hijo del primero ó del segundo matrimonio de su señora madre?

Vi que palidecía ligeramente y que después se ruborizó; quedando unos instantes como cortado, sin saber qué contestar.

Luego sonrió de un modo cariñoso y melancólico, que le era habitual, y contestó:

—Si no he de aburrirle, amigo mío, voy á darle respecto de mi origen unos singulares detalles. Sé que es usted un hombre inteligente y no creo que por ello se entibie nuestra amistad; pero si así fuere, poco me importaría entonces ser su amigo.

Mi madre, la señora de Courcils, era una pobre mujercita cuyo marido se casó con ella por interés. Durante toda su vida fué una mártir. Cariñosa, tímida, delicada, la trató brutalmente el que debiera haber sido mi padre, uno de esos rústicos á quienes se llama hidalgos de pueblo. Al cabo de un mes de matrimonio dormía con una de las criadas. Tuvo además por queridas á las mujeres é hijas de sus colonos, lo cual no le impidió tener dos hijos

con mi madre; debiera decir tres, contándome á mí. Mi madre no se quejaba. Vivía en aquella casa siempre ruidosa, como uno de esos ratoncitos que se deslizan por debajo de las sillas. Tímida, temerosa, miraba á la gente con sus ojos inquietos y claros, ojos de un pobre sér despavorido que nunca se ve libre del miedo. Era, sin embargo, linda, muy linda, rubia, de un rubio gris, como si sus cabellos quedaran algo descoloridos por sus incesantes temores.

Entre los amigos del señor de Courcils que acudían á menudo á la quinta, había un antiguo oficial de caballería, viudo, hombre temido, tierno y violento, capaz de las más enérgicas resoluciones, el señor de Bourneval, cuyo nombre llevo. Era un mocetón cenceño, con grandes bigotes negros. Me le parezco mucho. Había leído y no pensaba como los hombres de su clase. Su bisabuela había sido amiga de J. J. Rousseau y dijérase que había heredado algo de aquella intriga de una de sus antepasadas. Se sabía de memoría el *Contrato Social*, la *Nueva Eloísa* y todos esos libros filosóficos que han preparado desde lejos el futuro enderrocamiento de nuestros antiguos usos, de nuestros prejuicios de las rancias leyes y de la moral imbécil que profesamos.

Parece que amó á mi madre y que fué correspondido. Aquel amor se mantuvo tan secreto que nadie lo sospechó. La pobre mujer, abandonada y triste, debió aferrarse á él de un modo desesperado y adoptar, á consecuencia de su trato, todas sus ideas, las teorías del libre sentimiento, las audacias del amor independiente; pero como era tan tímida que no se atrevía siquiera á hablar alto, todo aquello fué rechazado al fondo de su corazón, que no se abrió jamás.

Mis dos hermanos se mostraban duros para con ella, y, como su padre, no la acariciaban nunca. Acostumbrada al poco caso que se hacía de ella en la casa, la trataban como á una criada ó poco menos.

Yo fuí el único de sus hijos que la amó verdaderamente y á quien ella amó.

Murió. Tenía yo entonces dieciocho años. Debo añadir, para que comprenda usted lo que sigue, que su marido estaba bajo tutela judicial y que, gracias á los agarraderos de la ley y al celo de un notario, se obtuvo una sentencia de separación de bienes en favor de mi madre, que conservó la libertad de testar como en gana le viniera.

Supimos que en casa de ese notario había un tes-

tamento y se nos invitó á que asistiéramos á su lectura. Recuerdo todo ello como si fuera ayer. Fué una escena grandiosa, dramática, burlesca, sorprendente, originada por la rebelión póstuma de la difunta, por un grito de libertad, por la reivindicación que del fondo de su tumba exigía aquella mártir abrumada en vida por nuestras costumbres y que lanzaba, á través de las tablas de su ataúd, un llamamiento desesperado de independencia.

El que se creía mi padre, un hombrachón sanguíneo, que parecía un carnicero, y mis dos hermanos, dos robustos muchachos de veinte y veintidós años, esperaban tranquilos en sus asientos. El señor de Bourneval, invitado al acto, entró y se colocó detrás de mí. Llevaba ceñida la levita y se mordisqueaba á menudo el bigote, que ya tenía algunas canas. Esperaba sin duda lo que iba á ocurrir.

El notario cerró la puerta con doble vuelta y empezó la lectura, después de romper el sello de lacre rojo del sobre, cuyo contenido ignoraba.

Mi amigo calló de pronto, se levantó para buscar en un escritorio un papel que desplegó y besó, y añadió:

— He aquí el testamento de mi querida madr

«Yo, la abajo firmada, Ana, Catalina, Genoveva, Matilde de Croixluce, esposa legítima de Juan, Leopoldo, José, Gontrán de Courcils, sana de cuerpo y de espíritu, expreso aquí mis últimas voluntades.

»Pido perdón, primero á Dios y después á mi querido hijo Renato, por el acto que voy á cometer. Creo que mi hijo tiene bastante corazón para comprenderme y perdonarme. He padecido durante toda mi vida. Se casaron conmigo por cálculo y luego fuí despreciada, oprimida, nunca comprendida y siempre engañada por mi marido.

»Se lo perdono; pero nada le debo.

»Mis hijos mayores no me han querido, no han sido cariñosos conmigo, apenas me han tratado como madre.

»Me porté con ellos, en vida, como debía; nada les debo después de muerta. Los lazos de sangre se rompen sin la afección constante, sagrada de todos los días. Un hijo ingrato es menos que un extraño; es culpable, porque no tiene derecho á tratar con indiferencia á su madre.

»Siempre temblé ante los hombres, ante sus leyes mismas, ante sus costumbres inhumanas, ante sus prejuicios infames. Ante Dios, no temo. Muerta, rechazo la vergonzosa hipocresía; me atrevo á decir lo que pienso, á confesar y firmar el secreto de mi corazón.

»Dejo, pues, en depósito toda la fortuna de que la ley me permite disponer, á mi querido amante Pedro, Germer, Simón de Bourneval, para que la entregue después á nuestro querido hijo Renato.

(Esta voluntad está, además, formulada, de un modo más detallado, en un acta notarial.)

»Ante el Juez supremo que me oye, declaro que hubiera maldecido el cielo y la existencia á no ser por la afección profunda, desinteresada, tierna, inquebrantable de mi amante, si no hubiera comprendido en sus brazos que el Criador ha hecho á los hombres para amarse, consolarse, sostenerse y llorar juntos en las horas de amargura.

»Mis dos hijos mayores tienen por padre al señor de Courcils. Renato solo debe la vida al señor de Bourneval. Ruego al Dueño de los hombres y de sus destinos que padre é hijo desprecien los prejuicios sociales, que se amen hasta su muerte y que me amen aún en mi tumba.

»Matilde de Croixluce.»

El señor de Courcils se levantó gritando: «¡Esto es el testamento de una loca!» Entonces el señor de

Bourneval dió un paso y declaró con voz recia é incisiva: «Yo, Simón de Bourneval, declaro que este escrito dice la estricta verdad. Estoy dispuesto á probarlo por las cartas que poseo.»

El señor de Courcils se le acercó. Creí que iban á pelearse. Ambos eran altos y fuertes, uno grueso, flaco el otro, ambos temblaban. El marido de mi madre articuló balbuceando: «¡Es usted un miserable!» Ml padre dijo en tono vigoroso y seco: «Nos encontraremos en otra parte, caballero. Ya le hubiera abofeteado y provocado hace mucho tiempo si no hubiera sido por respetar, durante su vida, la tranquilidad de la infeliz mujer á quien tanto ha hecho usted padecer.»

Luego se volvió hacia mí y me dijo:

—Es usted mi hijo. ¿Quiere usted seguirme? No tengo derecho á llevármele, pero me lo tomo si quiere usted acompañarme.

Le apreté la mano sin contestar. Y salimos juntos. Estaba medio loco.

Dos días después el señor de Bourneval mataba en desafío al señor de Courcils. Mis hermanos, por miedo á un escándalo tremendo, callaron. Les cedí y aceptaron la mitad de la fortuna que dejó mi madre.

He tomado el nombre de mi padre verdadero, renunciando al que la ley me reconocía y que no era el mío.

El señor de Bourneval murió hace cinco años; aun no me he consolado de su pérdida.

Se levantó, dió unos pasos, y mirándome me dijo: «Me parece que el testamento de mi madre es una de las cosas más hermosas, leales y grandes que una mujer puede realizar. ¿No lo cree usted así?

Le tendí ambas manos: «De todas veras, amigo mío.»

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

LA BECADA

LA BECADA

El viejo barón de los Ravots fué durante cuarenta años el rey de los cazadores de su provincia; pero desde hacía seis años una parálisis de las piernas le tenía clavado en su sillón. Sólo podía tirar á las palomas desde su ventana ó de lo alto de su gran escalinata.

El resto del tiempo lo pasaba leyendo.

Era un hombre de agradable trato que conservaba reminiscencias de la ilustración del penúltimo siglo. Se pirraba por los cuentos, por los cuentecitos verdes, y también por las aventuras reales acaecidas á sus amigos ó invitados. Apenas entraba un amigo en su casa le preguntaba:

—Veamos, ¿qué hay de nuevo?

Y sabía interrogar con tanta habilidad como un juez de instrucción.

Los días de buen sol, hacía rodar hacia la puerta su sillón, ancho como una cama. Un criado apostado á su espalda, tenía los fusiles, los cargaba y los entregaba á su dueño. Otro criado, oculto entre los árboles, soltaba una paloma de cuando en cuando, á intervalos irregulares á fin de que el barón no estuviera prevenido y sí preparado de continuo.

Desde por la mañana hasta la noche disparaba contra las rápidas aves, deplorando cuando huían de improviso, riendo hasta saltársele las lágrimas cuando caían á plomo ó daban alguna voltereta inesperada y rara. Se volvía entonces hacia el criado que cargaba las armas y le decía, ahogándose de risa:

—¿Qué te parece, José? ¿Viste cómo ha caído éste?

Y José respondía invariablemente:

—¡Oh! El señor barón no yerra nunca el golpe.

En otoño, en la época de la caza, invitaba, como en otro tiempo, á sus amigos, y le gustaba oir las detonaciones lejanas. Las contaba y se sentía cuando las oía menudear. Y por la noche exigía de todos el relato detallado de su jornada.

Y se estaban tres horas de sobremesa explicando hazañas cinegéticas.

Eran unas aventuras raras é inverosímiles que halagaban el amor propio de los cazadores. Algunas se repetían todos los años. La historia de un conejo que el joven vizconde de Bourril no tocó en el vestíbulo de su casa, les hacía desternillar de risa. Cada cinco minutos un nuevo orador decía:

—Oigo: «¡Brri! ¡Brri!» y una magnífica bandada se me levanta á diez pasos. Apunto: ¡pif! ¡paf! y veo que caen como moscas. ¡Maté siete!

Y todos, asombrados, y recíprocamente crédulos, se extasiaban.

Existe en la casa una costumbre antigua, llamada el «cuento de la Becada.»

Durante los días del paso de esa reina de la caza, se repetía la misma ceremonia, á la hora de la comida.

Como que el barón adoraba la incomparable ave, se servía una por barba; pero se tenía cuidado en dejar en un plato todas las cabezas.

El barón, oficiando como si fuera un obispo, se hacía traer un poco de grasa, ungía las preciosas cabezas con gran precaución, sosteniéndolas con la especie de aguja que les sirve de pico. Traían una

vela encendida, que colocaban junto al barón, y todos callaban esperando ansiosamente.

Luego cogía una de las cabezas preparadas de tal modo, la sujetaba con un alfiler, clavaba éste en un tapón de corcho; mantenía en equilibrio aquel aparato por medio de dos palitos que servían de balancines, y ponía delicadamente todo aquello sobre el cuello de una botella á manera de torniquete.

Los invitados contaban todos á una, con voz recia:

—Uno, dos, tres.

Y el barón, empujando con el dedo, hacía dar vueltas al juguete.

Aquel de los invitados ante quien se detenía el agudo pico, como designándole, era el dueño absoluto de todas las cabezas, festín exquisito que daba dentera á los demás.

Las tomaba una á una y las hacía asar á la llama de la vela. Crepitaba la grasa, humeaba la piel chamuscada, y el afortunado mortal devoraba el cráneo ensebado, sosteniéndolo por la nariz y lanzando exclamaciones de gusto.

Y cada vez los comensales, levantando las copas, bebían á su salud.

Luego, cuando había devorado la última, por orden del barón debía contar un cuento para indemnizar á los desheredados.

He aquí algunos de esos cuentos:

EL MARRANO DE MORIN

El marrano de Morín

I

A M. Oudinot.

—Vaya, amigo mío,—dije á Labarbe—ya vuelves á decir otra vez «ese marrano de Morín.» ¿Por qué demonios no se habla de Morín sin que le traten de «marrano?»

Labarbe, que hoy es diputado, me miró con sus ojos de mochuelo.

—¿Cómo,—dijo—eres de la Rochela y no sabes la historia de Morín?

Confesé que no sabía la historia de Morín. Entonces Labarbe se frotó las manos y empezó su relato.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

—¿No conocías á Morín? Sí, de fijo que recuerdas el almacén de mercería que tenía en el muelle de la Rochela.

—Sí, me acuerdo.

—Bueno; pues sábete que en 1862 ó 63 Morín fué á pasar quince días á París por gusto, á pretexto de renovar la provisión de géneros. No puedes imaginar el efecto que á un comerciante de provincia le producen quince días pasados en París. Les enciende la sangre. Cada noche asisten á los teatros, ven mujeres, se rozan con ellas y están excitados continuamente. No ven más que bailarinas con mallas, actrices descotadas, piernas redondas, hombros carnosos, todo esto al alcance de la mano, pero sin atreverse ni poder tocarlo. Apenas si alguna que otra vez se puede catar un bocado poco exquisito. Y se marchan con el corazón conmovido, con el alma excitada, con una especie de escozor de besos que les cosquillea los labios.

En tal estado hallábase Morín cuando tomó billete para la Rochela del expreso de las 8 cuarenta de la noche, y se paseaba turbado y melancólico por el gran salón de espera del ferrocarril de Orleáns, cuando de pronto se detuvo ante una joven **á quien besaba una vieja.**

Habíase levantado el velo del sombrero y Morín, encantado, murmuraba:

—Diablo, qué guapa es.

Cuando se hubo despedido de la vieja entró en el andén, y Morín la siguió; cuando subió á un vagón vacío, Morín la siguió también.

Había pocos viajeros para el exprés. Silbó la locomotora y marchó el tren.

Estaban solos. Morín la devoraba con la vista. Parecía tener de diecinueve á veinte años, era alta, rubia, desparpajada. Se arrolló una manta de viaje á las piernas y se extendió en el asiento para dormir.

Morín se preguntaba:

—¿Quién será?

Y mil suposiciones, mil proyectos, acudían á su mente. Decíase:

—Se cuentan tantas aventuras de ferrocarril. He aquí quizá una para mí. ¿Quién sabe? La suerte se presenta de un modo impensado. Quizá me bastará ser atrevido. ¿No es Dantón quien decía: «Audacia, audacia y siempre audacia?» Si no era Dantón era Mirabeau. En fin, poco importa. Sí, pero carezco de audacia, este es el caso. ¡Ah! si se pudiera leer en las almas... De fijo que cada día, sin que lo sos-

pechemos, dejamos escapar ocasiones magníficas. Tan sencillo como le sería indicar lo que desea...

Entonces imaginó una serie de combinaciones que le proporcionaban la satisfacción de su deseo. Se le ocurrían lances caballerescos para entrar en relación con la desconocida; servicios que le prestaba; una conversación chispeante y viva terminaba por una declaración, que á su vez concluía por... por lo que puedes imaginar.

La noche transcurría entre tanto, y la hermosa muchacha continuaba durmiendo, mientras Morín meditaba su caída. Nació el día y pronto el sol lanzó su primer rayo, un largo rayo claro que llegaba desde las profundidades del horizonte, y acariciaba el hermoso rostro de la durmiente.

Se despertó, se sentó, miró el paisaje, miró á Morín y sonrió. Sonrió como mujer dichosa, con expresión alegre yanimadora. Morín se estremeció. No había duda; á él iba dirigida aquella sonrisa, que era una invitación discreta, la señal soñada que esperaba. Aquella sonrisa quería decir: «Qué tonto es usted, qué gaznápiro, qué cobarde, en permanecer ahí como una estaca, sin moverse desde anoche.

«Ea, míreme usted, ¿no soy acaso encantadora?

Y usted se está toda una noche quieto mirando á una mujer linda, sin atreverse á nada como un tonto de capirote».

Continuaba sonriendo y mirándole, parecía que hasta le daban ganas de reir, y él estaba como turulato, buscando una palabra oportuna, un cumplido, cualquier cosa, en fin. Pero nada encontraba, nada. Entonces, acometido de un arranque de audacia, pensó: «Suceda lo que quiera, me atrevo.» Y bruscamente, sin decir agua va, se adelantó con las manos tendidas, los labios temblorosos, y cogiéndola entre sus brazos la besó.

De un salto se puso en pie la joven gritando: «¡Socorro!» con acento de terror. Abrió la portezuela, agitó los brazos loca de miedo, y trató de saltar, en tanto que Morín desesperado, persuadido de que iba á precipitarse á la vía, la sujetaba por las sayas balbuceando:

—Señora... ¡oh, señora!...

El tren moderó la marcha, se detuvo. Dos empleados se precipitaron hacia el departamento de la joven que cayó en sus brazos balbuceando:

—Este hombre ha querido... ha querido... abu... abu...

Y se desmayó.

Habían llegado á la estación de Mauzé. El gendarme detuvo á Morin. Cuando la víctima de su brutalidad hubo vuelto en sí declaró. La autoridad levantó un atestado. Y el pobre mercero llegó por la noche á su domicilio amenazado de un proceso por ultrajes al pudor y á la moral en lugar público.

II

Era yo entonces redactor en jefe del *Farol de las Charentes* y veía todas las noches á Morín en el café del Comercio.

Al día siguiente de su tropiezo vino á verme no sabiendo qué hacer. No le oculté mi modo de pensar. «Eres un marrano; un hombre no hace eso.» Lloraba; su mujer le había pegado; y veía ya el pobre su tienda arruinada, su nombre por el lodo, deshonrado, y que sus amigos indignados le negaban el saludo.

Acabó por darme lástima y llamé á mi colaborador Rivet, un hombrecillo gruñón y listo, para tomar consejo de él.

Me indicó que viera al fiscal imperial que era

amigo mío. Envié á Morín á su casa, y yo fuí á la del magistrado.

Supe que la mujer ultrajada era soltera, la señorita Enriqueta Bonnel, que acababa de ganar en París su diploma de institutriz, y que no teniendo padres, pasaba las vacaciones en casa de sus tíos que eran unos buenos magistrados de Mauzé.

Lo que hacía más grave el asunto de Morín era que el tío se mostraba parte en causa. El ministerio público consentía en echar tierra el asunto si el tío retiraba la demanda. Esto era lo que debíamos obtener.

Volví á casa de Morín. Le encontré en la cama, enfermo de emoción y de pesar.

Su mujer, que era una mocetona huesosa y barbuda, le maltrataba sin descanso. Me introdujo en el cuarto de mi amigo, diciendo:

—¿Viene usted á ver al marrano de Morín? ¡Tome, aquí tiene usted á esa alhaja!

Y se plantó delante de la cama con los brazos en jarras. Expliqué lo que ocurría y me suplicó que fuera á ver á la familia de la ofendida. La cosa era peliaguda, pero no me negué á ello.

El pobre diablo no cesaba de repetir:

—Te aseguro que ni siquiera la besé. ¡Te lo juro!

Yo contesté:

—De todos modos eres un marrano.

Y tomé mil francos que me dió para que los empleara como mejor me pareciese.

Como me causaba cierto temor ir solo á casa de los parientes de la ofendida, rogué á Rivet que me acompañara. Consintió á condición de que fuéramos inmediatamente, pues tenía al día siguiente un negocio urgente en la Rochela. Dos horas después llamábamos á la puerta de una hermosa quinta. Nos vino á abrir una joven muy linda. Seguramente era ella. Al verla dije en voz baja á Rivet:

—¡Voto va!... empiezo á comprender á Morín.

El tío, el señor Tonnelet, era precisamente un lector del *Farol*, un ferviente correligionario político, que nos recibió á las mil maravillas, nos felicitó y nos estrechó las manos, contentísimo de tener en su casa á dos redactores de su periódico. Rivet me dijo al oído:

—Me parece que hemos arreglado el asunto del marrano de Morin.

La sobrina se había alejado; y yo, entablé las delicadas negociaciones.

Hice presente el escándalo que podía moverse, la depreciación que sufriría la fama de la joven cuan-

do se supiera la indecente tentativa, pues la gente supondría algo más que un simple beso.

El buen señor parecía indeciso, pero quería consultar el caso con su esposa, que no volvería hasta tarde. De pronto lanzó un grito de alegría.

—Tengo una idea excelente. Puesto que están ustedes aquí, aquí se quedan. Comerán y dormirán aquí los dos, y cuando llegue mi mujer, supongo que nos entenderemos.

Rivet resistía; pero el deseo de ser útil al marrano de Morin, le decidió y aceptamos la invitación.

El tío se levantó contentísimo, llamó á su sobrina, propuso que diésemos un paseo por su propiedad, y decidió que por la noche se hablaría del asunto.

Rivet y él se pusieron á hablar de política, y en cuanto á mí, al cabo de poco rato estuve al lado de la joven algunos pasos detrás de la otra pareja. ¡Era verdaderamente linda, muy linda! Con infinitas precauciones empecé á hablarle de su aventura para procurar ganarme una aliada.

No pareció ella turbarse en lo más mínimo, y me escuchaba con la expresión de una persona que se divierte muchísimo.

—Piense usted, señorita, en los quebraderos de

cabeza que la esperan. Tendrá usted que ir al tribunal, afrontar las miradas maliciosas, hablar delante de mucha gente, y contar en público la escena del vagón. ¿No le parece á usted que lo mejor habría sido no gritar y cambiar sencillamente de coche, en vez de llamar á los empleados?

Se echó á reir.

—Tiene usted razón, ¿pero qué quiere usted? Tuve miedo, y cuando se tiene miedo, no se piensa. Cuando comprendí lo que ocurría, sentí haber gritado, pero ya era demasiado tarde. Figúrese usted que ese imbécil se me echó encima como una furia, sin pronunciar una palabra, con cara de loco. Ni siquiera imaginé lo que quería.

Me miraba frente á frente sin parecer turbada ó intimidada. Yo pensaba: «Es una moza de pelo en pecho; comprendo que ese marrano de Morin se engañara.»

Añadí en tono de broma:

—Ea, señorita, confiese usted que mi amigo tiene disculpa, pues no hay modo de estar junto á una joven tan linda sin sentir deseo de besarla.

Se echó á reir enseñando sus dientecitos:

—Entre el deseo y la acción, caballero, paréceme que hay sitio para el respeto.

La frase era buena pero poco clara. Pregunté bruscamente:

—¿Y si ahora la besara yo, qué es lo que diría?

Se detuvo para mirarme de pies á cabeza, y luego dijo tranquilamente:

—¡Oh! Hay hombres y hombres.

Bien lo sabía yo, pardiez, pues en la provincia entera me llamaban el «guapo Labarbe.» No había cumplido aun los treinta años; de todos modos le pregunté: «¿Y por qué?»

Se encogió de hombros y contestó:

—Toma porque no es usted tan tonto como él.

Y luego añadió mirándome de soslayo:

—Ni tan feo.

Antes que hubiera podido hacer un movimiento para evitarlo le había besado la mejilla. Se esquivó á un lado pero demasiado tarde. Luego me dijo:

—Parece que no es usted muy tímido, pero de todos modos no vuelva usted á empezar.

Adopté una expresión humilde y contrita y dije á media voz:

—¡Ah, señorita! crea usted que si algo deseo es ser llamado ante el tribunal por la misma causa que Morin.

A su vez me preguntó:

—¿Por qué?

La miré fijamente y dije:

—Porque es usted una de las mujeres más hermosas que he visto. Porque tendría á gloria y sería para mí un galardón haber querido violentarla. Porque después de haberla visto á usted dirían: «Bien merecido se tiene Labarbe lo que le pasa, pero de todos modos, tiene suerte.»

Se echó á reir de buena gana.

—Qué bromista es usted.

Aun no había acabado de pronunciar la palabra bromista, cuando la cogí entre mis brazos besándola con voracidad donde quiera que pude, en el pelo, en la frente, en los ojos, en la boca á veces, en las mejillas, en la cabeza, pues á pesar suyo tenía que descubrir un punto para proteger los otros.

Por fin consiguió soltarse, colorada y ofendida.

—Es usted un grosero, caballero, y me hace usted arrepentir de haberle escuchado.

Le cogí la mano un tanto confuso balbuceando:

—Dispense, dispense, señorita. Es verdad que la he ofendido, que he sido brutal. No me guarde rencor. Si usted supiera...

Buscaba en vano una excusa que no se me ocurría.

—Nada tengo que saber, caballero—contestó al cabo de un instante.

Por fin había encontrado la excusa y exclamé:

—¡Señorita, hace un año que la amo!

Quedó verdaderamente sorprendida y levantó la vista.

—Sí, señorita,—repuse—óigame usted. Maldito lo que me importa de Morín. Que se vaya á la cárcel ó á la calle lo mismo me da. El año pasado la vi á usted aquí, junto á la verja. Me causó usted tal impresión que desde entonces no la he olvidado ni un momento. Poco me importa que no me crea usted. Me pareció usted adorable; no podía olvidar su imagen; quise volverla á ver; aproveché el pretexto de ese imbécil de Morín, y aquí estoy. Las circunstancias me han hecho exceder; perdóneme usted, se lo suplico, perdóneme usted.

Ella trataba de descubrir la verdad en mis ojos, dispuesta á sonreir de nuevo, y murmuró:

—Buen tuno está usted hecho.

Levanté la mano y dije con tono sincero (hasta creo que era sincero.)

—Le juro que no miento.

—¡Bah!—contestó ella.

Estábamos solos, bien solos, porque Rivet y el

tío habían desaparecido tras un recodo, y le hice una verdadera declaración, larga, cariñosa, apretándola y besándola los dedos.

Escuchaba aquello como una cosa agradable y nueva sin saber lo que pensar de ello.

Acabé por sentirme turbado, por pensar lo que decía; estaba pálido, oprimido, tembloroso, y suavemente le rodeé el talle con mi brazo.

Le hablaba casi al oido tocándole los ricillos de la nuca. Ella parecía inanimada, absorta en sus pensamientos.

Luego su mano encontró la mía y la apretó. Yo apreté lentamente su talle con un abrazo cada vez más fuerte y tembloroso: la joven no se esquivaba; y de pronto mis labios, sin buscarlos, hallaron los suyos. Fué un beso largo, muy largo; y habría durado más á no haber oido detrás de mí los pasos de alguien que se acercaba.

La muchacha escapó á través de un grupo de plantas, yo me volví y vi á Rivet á dos pasos.

De pie en mitad del camino me dijo sin reir:

—De modo que tú arreglas así el asunto del marrano de Morín.

Contesté con fatuidad:

—Se hace lo que se puede, querido. ¿Y el tío?

30516

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

¿qué has obtenido de él? Yo respondo de la sobrina.

—No puedo decir lo mismo del tío—contestó Rivet.

Juntos nos fuímos hacia la casa.

III

La comida acabó de hacerme perder la cabeza. Estaba al lado suyo y mi mano no cesaba de encontrar la de ella bajo los manteles; mi pie oprimía su pie; nuestras miradas se mezclaban y confundían.

Dimos en seguida un paseo á la luz de la luna y le murmuré al oido toda la ternura que desbordaba mi corazón.

La tenía estrechada contra mí besándola á cada instante, mojando mis labios en los suyos. Delante de nosotros el tío y Rivet discutían. Sus sombras les seguían gravemente por la arena de los senderos.

Volvimos á la casa y un ordenanza de telégrafos trajo un telegrama de la tía diciendo que no volve-

ría hasta el día siguiente, á las siete, en el primer tren.

El tío dijo:

—Oye, Enriqueta, enseña sus habitaciones á estos caballeros.

Estrechamos la mano del buen señor y subimos. Nos llevó primero á la habitación de Rivet que me dijo al oido:

—Bien podía habernos llevado primero á tu cuarto.

Luego me enseñó el mío. Apenas estuvo sola conmigo, la cogí de nuevo entre mis brazos, tratando de enloquecer su razón y vencer su resistencia, pero cuando se sintió pronta á desfallecer, huyó.

Me metí en la cama contrariado, agitado, comprendiendo que no dormiría y pensando qué torpeza habría podido cometer, cuanto llamaron suavemente á la puerta.

—¿Quién va?—pregunté.

Una voz contestóme:

—Yo.

Me vestí rápidamente, abrí, entró.

—He olvidado—me dijo—preguntarle lo que tomará usted mañana para almorzar; te, chocolate ó café.

La había abrazado impetuosamente, llenándola de caricias y balbuceando:

—Tomo... tomo... tomo...

Pero se me escurrió de entre los brazos, sopló la luz y desapareció.

Quedé solo, furioso, á obscuras, buscando cerillas y no encontrándolas. Por fin las hallé y salí al corredor medio loco, con la palmatoria en la mano.

¿Qué iba á hacer? No lo sabía, quería hallarla; la quería. Luego pensé bruscamente: «Y si me meto en el cuarto del tío, que le voy á decir?»

Permanecí inmóvil, con los sesos como derretidos y latiéndome el corazón. Al cabo de algunos segundos, se me ocurrió la contestación: «Pardiez, diré que buscaba el cuarto de Rivet para hablarle de un asunto urgente.»

Empecé á examinar las puertas, tratando de averiguar cuál era la de Enriqueta. No tenía ningún indicio. Por fin, al azar, empujé una, abrí y entré... Enriqueta, sentada en la cama, me miraba despavorida.

Entonces corrí el cerrojo y acercándome de puntillas, le dije:

—Señorita, me olvidé de pedirle un libro.

Se resistía; pero pronto abrí el libro que buscaba.

No citaré el título. Era en verdad, la novela más maravillosa y el más divino de los poemas.

Una vez vuelto á la primera página, dejó mi amada que lo recorriera por entero, y hojeé tantos capítulos, que se consumieron nuestras dos bujías.

Luego, después de darle las gracias, iba á paso de lobo, cuando una mano brutal me detuvo, y una voz, la de Rivet, me dijo al oído:

—¿Has acabado ya con el asunto del marrano de Morín?

A las siete me trajo ella misma una taza de chocolate. Nunca lo tomé tan bueno; era un chocolate exquisito, oloroso, embriagador. No acertaba á despegar los labios de los deliciosos bordes de la taza. Apenas había salido Enriqueta, entró Rivet con la cara de pocos amigos, del que ha dormido mal, y me dijo con expresión adusta:

—Si continúas así, vas á estropear el asunto del marrano de Morín.

A las ocho llegaba la tía. La discusión fué corta; aquellas buenas gentes retiraban la demanda, y yo entregaba quinientos francos para los pobres del pueblo.

Entonces quisieron que nos quedásemos á pasar el día. Haríamos una excursión para visitar unas

ruinas. Enriqueta, á espaldas de sus tíos, me hacía señales para que aceptara. Acepté; pero Rivet se empeñó en marcharse. Le cogí aparte, le rogué, le solicité, le dije con el acento más enternecedor que pude, que lo hiciera por mí, pero parecía exasperado y repetía:

—Ya me empieza á cargar lo del marrano de Morín.

Tuve que partir también. Fué uno de los momentos más penosos de mi vida. Me hubiera pasado toda la vida arreglando aquel asunto.

Cuando ya estuvimos en el tren, después de despedirnos de nuestros huéspedes, dije á Rivet:

—Eres un bruto.

Y él me contestó:

—Hijo mío, ya me tenías hasta la coronilla.

Al llegar á la redacción del *Farol*, vi á muchos conocidos que nos esperaban. Apenas nos vieron, gritaron:

—¿Habéis arreglado el asunto del marrano de Morín?

La Rochela entera estaba ansiosa. Rivet, cuyo malhumor había desaparecido por el camino, apenas podía contestar:

—Sí, se arregló gracias á Labarbe.

Fuimos á casa de Morín. Estaba hundido en un sillón y le habían puesto sinapismos en las piernas y compresas de agua fría en la cabeza, desfallecido de angustia. Tosía sin descanso con tos de agonizante, como si estuviera muy malo.

Su mujer le miraba con ojo de tigre, dispuesta á devorarle.

Apenas nos vió se puso tembloroso.

Yo le dije:

—Ya está arreglado, marrano, pero no vuelvas á las andadas.

Se levantó, sofocado, me tomó las manos, me las besó como se besan las de un príncipe, lloró, estuvo á pique de caer sin sentido, besó á Rivet y hasta besó á su esposa, quien le rechazó empujándole hacia el sillón.

Nunca se repuso de aquel golpe, porque la emoción había sido muy brutal.

En toda la comarca no le llamaban más que el «marrano de Morín» y aquel epíteto le hería como una estocada cada vez que lo oía.

Cuando un pillete gritaba por la calle: «marrano,» volvía instintivamente la cabeza.

Sus amigos le asaeteaban con bromas horribles preguntándole cada vez que comían jamón:

—¿Es del tuyo?

Murió dos años después.

En cuanto á mí me presenté diputado en 1875 y tuve que hacer una visita electoral al notario de Touserre, el señor Belloncle. Me recibió una mujer gruesa y muy guapa.

—¿No me reconoce usted?—me dijo.

—No... señora...—balbuceé.

—Enriqueta Bonnel.

—¡Ah!—dije sintiendo que me ponía pálido.

Parecía completamente tranquila y sonreía mirándome.

Apenas me dejó solo con su marido, éste me tomó las manos y apretándomelas hasta descoyuntarlas, exclamó:

—Hace mucho tiempo que quería ir á visitarle, caballero. Mi mujer me ha hablado mucho de usted. Sé... sí, sé en qué circunstancias dolorosas la conoció usted y lo muy delicado y fino que estuvo usted en aquella ocasión.

Luego, en voz más baja, como si hubiese temido pronunciar una palabra gruesa, añadió:

—... Con ocasión del asunto del marrano de Morín.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES" MONTERREY, MEXICO

PIERROT

PIERROT

A Enrique Roujon.

Viuda, de mediana edad, medio señora medio aldeana, quería la señora Lefevre pasar por persona de alto copete y era de esas que hablan escuchándose, que en público aparecen siempre cargadas de pretensiones y ocultan un alma mezquina bajo un aspecto grotesco, como ocultan sus gruesas manos rojas bajo los guantes de seda.

Tenía por criada una campesina sencillota que se llamaba Rosa.

Ambas mujeres vivían en una casita con persianas verdes, junto á una carretera de Normandía, en el centro de la comarca de Caux.

Como había un jardinillo junto á la casa que

aprovechaban para cultivar algunas legumbres, ocurrió que una noche le robaron una docena de cebollas.

Apenas Rosa notó el hurto, corrió á avisar á la señora que bajó de trapillo. Produjo aquel atentado desolación y terror. ¡Habían robado, robado á la señora Lefevre! Si robaban de aquella manera, cualquier día podían volver á las andadas. Las dos mujeres despavoridas contemplaban las huellas de los pasos, charlaban y suponían muchas cosas.

—Mire, han pasado por aquí. Se han apoyado en la pared y han saltado en el primer cuadro.

El porvenir las asustaba. ¿Cómo podrían dormir tranquilas en lo sucesivo? Circuló la noticia del robo. Los vecinos acudieron, comprobaron el hurto y charlaron á su vez; y ambas mujeres explicaban á todos los que llegaban sus observaciones y sus ideas.

Un colono vecino suyo les dió este consejo:

—Debieran ustedes tener un perro.

Mucha verdad, debían tener perro aunque no fuera más que para avisar. No un perro grande, ¿qué hacían con un perrazo? Les arruinaría comiendo. Pero un gozquecillo, un perrito de esos que saben ladrar.

Cuando todos se hubieron largado, la señora Lefebre discutió largo rato acerca de si debían tener perro ó no. Pensándolo bien, le daba horror imaginar lo que gastaría un animalucho de tal especie, pues era de aquella casta de mujeres avarientas que llevan céntimos en el bolsillo para dar limosna de un modo ostensible cuando alguien puede verlas y en las mesas petitorias de las iglesias.

Rosa, á quien gustaban los animales, procuró inducir á su ama á que comprara un perro y así se acordó. Empezaron á buscar uno, pero sólo encontraban perrazos capaces de comerse toda la casa. El droguero de Rolleville tenía uno muy pequeñito, pero quería por él dos francos. La señora Lefevre afirmó que alimentaría un perro pero no lo compraría.

Un día, el panadero, que sabía lo ocurrido, trajo en su carretón un animalito amarillo, casi sin patas, raro á más no poder, con el cuerpo de cocodrilo, la cabeza de zorra y la cola enarbolada, grande, tan grande como el resto del cuerpo.

Un parroquiano trataba de deshacerse de él y á la señora Lefevre le pareció de perlas aquel can asqueroso que no le costaba un cuarto.

Rosa lo besó y después preguntó como le llamaban. El panadero dijo que «Pierrot.»

Le instalaron en una caja vieja de jabón y primero le dieron agua. Bebió. Le presentaron después un mendrugo. Comió. A la señora Lefevre se le ocurrió una idea luminosa; la de que en cuanto estuviera acostumbrado á la casa se buscaría la pitanza si se le daba suelta.

Soltáronle en efecto lo cual no le impidió tener siempre hambre. Lo curioso del caso es que no ladraba más que para pedir de comer, pero entonces ladraba con furia.

Cualquiera podía entrar en el jardín. Pierrot festejaba á cualquiera y permanecía mudo.

La señora Lefevre se había acostumbrado sin embargo al animalito. Le quería á su modo, y de vez en cuando le daba con su propia mano pan mojado en salsa.

Pero no se le había ocurrido pensar en el impuesto. Cuando la reclamaron los ocho francos, allí fué Troya. ¡Dar ocho francos por un perrillo que ni ladraba! Poco le faltó para desmayarse.

Se decidió inmediatamente deshacerse de Pierrot. Nadie lo quiso, á pesar de haberlo ofrecido á todas las casas que había en diez leguas á la redonda.

Entonces, viendo que no había otro medio, decidieron hacerle «dar el salto.»

«Dar el salto», es lo mismo que «comer.»

Se hace dar el salto á todos los perros que estorban. En el centro de una vasta llanura se ve una especie de cabaña ó por mejor decir un cobertizo de paja. Es la entrada á la cantera. Un gran pozo recto se hunde bajo tierra unos veinte metros y da entrada á una serie de largas galerías de minas.

Se baja una vez cada año allí cuando llega la época del abono de las tierras. Durante el resto del año sirve de cementerio á los perros condenados, y á veces, cuando se pasa cerca del orificio, se oyen quejidos lastimeros, ladridos furiosos y desesperados, aullidos desesperantes que suben del fondo.

Los perros de los cazadores y pastores huyen con terror de aquel agujero, y cuando uno se inclina para mirar, sale de allí un hedor abominable.

Dramas terribles se cumplen en la sombra.

Cuando un animal agoniza hace diez ó doce días en el fondo, alimentado por los restos inmundos de sus predecesores, otro animal de mayor tamaño ó más vigoroso por lo menos, cae de pronto. Allí están los dos solos, hambrientos, con los ojos como carbunclos. Se acechan, se siguen, vacilan. Pero el

hambre les aprieta, y se atacan, luchan largo tiempo de un modo encarnizado y el más fuerte se come al más débil y le devora vivo.

Una vez decidido que Pierrot «daría el salto» se buscó ejecutor.

El peón caminero pidió cincuenta céntimos por el encargo, lo cual pareció una enorme exageración á la señora Lefevre. El morral del vecino se contentaba con veinticinco céntimos pero aun les parecía demasiado. Rosa hizo observar que valía más que le llevaran ellas mismas, porque así no le atormentarían por el camino, y se resolvió que irían ambas al pozo al anochecer.

Aquella tarde le dieron una buena sopa con grasa. La comió toda y mientras movía la cola de contento, Rosa lo cogió y se lo puso en el delantal.

Atravesaban la llanura á grandes zancadas como merodeadoras. Pronto advirtieron la boca del pozo y la alcanzaron; la señora Lefevre se inclinó para oir si algún animal gemía. No, no había ninguno. Pierrot estaría solo. Entonces Rosa, que lloraba, le besó, y luego le lanzó al agujero; y ambas se inclinaron aguzando el oído.

Oyeron primero un ruido sordo; después la queja

aguda, desgarradora de una bestia herida, luego una sucesión de gritos de dolor, y por fin llamamientos desesperados, súplicas del perro que imploraba con la cabeza levantada hacia la abertura.

¡Cómo ladraba, santo Dios, cómo ladraba!

Sintieron remordimientos, espanto, un miedo loco é inexplicable y huyeron corriendo. Como Rosa iba más aprisa la señora Lefevre gritaba:

—¡Espéreme, Rosa, espéreme!

Por la noche tuvieron espantosas pesadillas.

La señora Lefevre soñó que se sentaba á la mesa para comer la sopa y que al destapar la sopera, Pierrot aparecía dentro. Saltaba y la mordía en la nariz.

Se despertó y creyó oir ladrar. Escuchó; se había equivocado. Durmióse de nuevo y se encontró en una carretera larga, interminable. De pronto, en mitad del camino, advirtió una banasta abandonada y cerrada. Aquella banasta le daba miedo.

Se decidió, sin embargo, á abrirla y Pierrot, acurrucado, dentro le cogió la mano y no se la soltó. Y ella huía desesperada llevando colgado el perro de la mano que no soltaba su presa.

Al amanecer se levantó casi loca y corrió al pozo.

Ladraba, ladraba aun; había ladrado toda la noche. Ella se puso á sollozar y le llamó con toda clase de nombres cariñosos. Le contestó con sus inflexiones más tiernas de voz de perro.

Entonces quiso volver á verle haciéndole dichoso hasta la muerte. Corrió á casa del pocero encargado de la extracción del abono y le contó lo que le ocurría. Escuchóla el obrero y en cuanto acabó le pidió cuatro francos por el trabajo.

La señora se estremeció. De pronto olvidó toda su pena.

—¿Cuatro francos? ¿Cuatro francos por esa bicoca? ¡Ya! ¡ya!

—Cree usted que voy á llevar mis cuerdas y manivelas y bajar al fondo para que me muerda su maldito perro por el solo gusto de volvérselo á dar. No haberlo echado.

—¡Cuatro francos!

Y se marchó indignada.

Apenas estuvo en casa, llamó á Rosa y le explicó las pretensiones del pocero. Rosa, resignada como siempre, repetía:

—¡Cuatro francos! Es mucho dinero, señora.

Y luego añadió:

—¿Y si le echásemos de comer al pobre perro para que no se muera?

La señora Lefrevre aprobó la idea muy contenta y ambas se dirigieron al pozo llevando un trozo de pan con manteca.

Lo cortaron á trocitos que lanzaron uno tras otro llamando y hablando á Pierrot.

Tan pronto como el perro acababa su bocado, ladraba para reclamar otro.

Volvieron al anochecer, y luego al día siguiente y todos los demás. Pero no hacían más que un viaje.

Una mañana, cuando dejaron caer el primer bocado, oyeron de pronto un ladrido formidable en el pozo. ¡Eran dos! Habían precipitado otro perro, un perrazo.

Rosa gritó: «¡Pierrot!» Pierrot ladró, ladró. Entonces echaron el pan, pero cada vez oían claramente ruido de lucha, y los gritos quejumbrosos de Pierrot mordido por su compañero que era el que se lo comía todo por ser el más fuerte.

Por más que decían: «Es para ti, Pierrot,» el pobre Pierrot era evidente que nada comía.

Las dos mujeres se miraban azoradas; y la señora Lefrevre dijo con tono adusto:

—Me parece que no he de alimentar á todos los perros que echen aquí dentro. Renuncio á ello.

E indignada pensando que todos aquellos perros

vivían á su costa, se fué, llevándose el pan que quedaba y que se puso á comer por el camino.

Rosa la seguía llorando y limpiándose los ojos con el delantal.

MINUE

MINUÉ

A Pablo Bourget.

Las grandes desdichas me impresionan poco, dijo Juan Bridelle, un solterón que pasaba por escéptico. He hecho la guerra, y pasaba sobre los muertos sin sentir lástima. Las grandes brutalidades de la naturaleza ó de los hombres, pueden indignaros, arrancaros gritos de horror, pero no producen esa especie de desgarro en el corazón, ese estremecimiento que se siente en la espalda al ver ciertos detalles enternecedores.

El dolor más violento que se puede sentir, es la pérdida de un hijo por parte de una madre, ó la pérdida de una madre por un hombre. Esto resulta violento, terrible, trastorna y desgarra, pero se

cura uno de ello, como se curan las grandes heridas sangrientas.

Pero en cambio, hay ciertos encuentros, ciertas cosas que se entrevén, ciertos pesares secretos, ciertas perfidias de la suerte, que remueven dentro de nosotros un mundo doloroso de pensamientos que entreabren á nuestra vista la puerta misteriosa de los sufrimientos morales, complicados, incurables, tanto más profundos, cuanto que parecen más benignos, tanto más vivos, cuanto menos aparentes, tanto más tenaces cuanto que parecen más ficticios, y que nos dejan en el alma como una estela de tristeza, un dejo amargo, una sensación de desencanto, de la que tardamos mucho tiempo en podernos curar.

Tengo siempre ante la vista dos ó tres cosas que otros hombres no hubieran notado siquiera, y que penetraron en mi interior como largas y finísimas picaduras incurables.

Quizá no comprenda usted la emoción que tales impresiones me produjeron. Le contaré una. Es muy antigua, pero viva como si datara de ayer. Quizá mi imaginación sola haya producido mi enternecimiento.

Tengo cincuenta años, era joven entonces, y es-

tudiaba Derecho. Un tanto triste y soñador, impregnado de una filosofía melancólica, no me gustaban los cafés bulliciosos, ni los camaradas alegres, ni las muchachas estúpidas. Me levantaba temprano, y una de mis más dulces horas, era la que pasaba por la mañana de ocho á nueve, en el jardín del Luxemburgo.

¿No conoce usted este jardín? Era algo así como un jardín del siglo anterior, lindo como la sonrisa cariñosa de una vieja. Setos vivos separaban las avenidas estrechas é irregulares, avenidas silenciosas encerradas entre dos paredes de hojas recortadas con cuidado. Las grandes tijeras del jardinero alineaban sin descanso aquellos tabiques de ramas, y de trecho en trecho había cuadros de flores, grupos de arbustos alineados como colegiales que van á paseo, reuniones de rosales magníficos y regimientos de árboles frutales.

Una parte de aquel sitio encantador, estaba habitado por las abejas. Sus casas de paja sabiamente distribuídas sobre tablones abrían al sol sus puertas pequeñas como el boquete de un dedal, y á lo largo de caminos y senderos, zumbaban por todas partes las moscas doradas dueñas de aquellos lugares pacíficos, y paseantes de aquellas tranquilas avenidas.

UNIVERSIDAD
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Iba allí casi todas las mañanas; me sentaba en un banco y leía. A veces dejaba el libro en mis rodillas para soñar y para escuchar como en torno mío vivía París, gozando del reposo infinito de aquellas glorietas pasadas de moda.

Pronto noté que no era el único que frecuentaba aquel lugar desde que se abrían las puertas, y topaba muchas veces al revolver un sendero con un extraño viejecillo.

Llevaba zapatos con hebillas de plata, pantalón con bragas, levita de color de tabaco, una puntilla en vez de corbata, y un inconcebible sombrero gris de anchas alas y largo pelo, que recordaba involuntariamente la época del diluvio.

Estaba flaco, muy flaco; era anguloso, gesticulador y sonriente. Sus ojillos vivos palpitaban de continuo al compás incesante de sus párpados, y llevaba un bastón con puño de oro que debía ser para él algún recuerdo magnífico.

Aquel buen hombre me admiró al principio, y después me interesó en gran manera. Le acechaba á través de las paredes de hojas, le seguía de lejos y me detenía de vez en cuando para que no sospechara mi presencia.

Y he aquí que una mañana, creyéndose solo, em-

pezó á hacer unos movimientos singulares: primero unos saltitos, después una reverencia; luego, con su pierna delgada, hizo una especie de molinete, y empezó á dar vueltas y saltitos, zarandeándose de un modo raro, sonriendo como si estuviera ante un público haciendo monerías y habilidades con los brazos y retorciendo su cuerpecillo de títere y dirigiendo al vacío ligeros saludos enternecedores y ridículos. ¡Bailaba!

Permanecía yo petrificado de admiración preguntándome quien de los dos estaba loco, si él ó yo.

De pronto se detuvo, adelantó como hacen los actores en el palco escénico, luego se inclinó retrocediendo y lanzando sonrisas graciosas y besos de comedianta con su mano temblorosa á las dos hileras de árboles recortados.

Después, volvió á pasearse con toda gravedad.

Desde aquel día no le perdí de vista, y cada mañana vuelta á su ejercicio inconcebible.

Sentí grandes deseos de trabar relación con él, y un día, sin más ni más, después de haberle saludado le dije:

—Buen día hace hoy, caballero.

Se inclinó.

—Sí, caballero, es un día digno de mis buenos tiempos.

Ocho días después éramos amigos, y supe su historia.

Había sido maestro de baile en la Opera, en tiempo de Luis XV. Su hermoso bastón era un regalo del conde de Clermont. Cuando hablaba de baile, no sabía contenerse.

He aquí lo que un día me dijo:

—Me casé con la Castris, caballero. Se la presentaré si usted quiere, aun cuando viene mucho más tarde. Mire usted, este jardín es nuestro placer y nuestra vida. Es todo lo que nos queda de otro tiempo. Nos parece que no podríamos existir si no lo tuviéramos. Este rincón es anticuado y distinguido, ¿verdad? me parece que respiro en él el mismo aire que en mi juventud. Mi esposa y yo pasamos aquí todas las tardes. Pero yo vengo por la mañana, pues me levanto temprano.

Apenas acabé de almorzar volví al Luxemburgo, y pronto vi á mi amigo que daba el brazo con toda ceremonia á una viejecita vestida de negro á quien fuí presentado. Era la Castris, la gran bailarina querida de los príncipes y del rey, adorada por

aquel siglo galante, que parece haber dejado en el mundo un perfume de amor.

Nos sentamos en un banco. Era en mayo. Un perfume de flores se esparcía por las limpias avenidas, y el sol se deslizaba entre el ramaje cubriéndonos de manchas de luz. El vestido negro de la Castris parecía salpicado de claridad.

El jardín estaba vacío. A lo lejos rodaban los coches.

—¿Quiere usted decirme—dije al viejo bailarín—lo que era el minué?

Se estremeció.

—El minué, caballero, es el rey de los bailes. Y el baile de las reinas ¿oye usted? Desde que no hay reyes no hay minué.

Y en estilo pomposo empezó un largo elogio ditirámbico que apenas comprendí. Quería hacerme describir los pasos, los movimientos, las posiciones y él se embrollaba, exasperándole su impotencia, nervioso y desolado.

De pronto, volviéndose hacia su antigua compañera silenciosa y grave:

—¿Quieres, Elisa, quieres que enseñemos al señor lo que era el minué?

Giró ella en torno la vista inquieta y luego se colocó enfrente de él.

—Sí, caballero, es un día digno de mis buenos tiempos.

Ocho días después éramos amigos, y supe su historia.

Había sido maestro de baile en la Opera, en tiempo de Luis XV. Su hermoso bastón era un regalo del conde de Clermont. Cuando hablaba de baile, no sabía contenerse.

He aquí lo que un día me dijo:

—Me casé con la Castris, caballero. Se la presentaré si usted quiere, aun cuando viene mucho más tarde. Mire usted, este jardín es nuestro placer y nuestra vida. Es todo lo que nos queda de otro tiempo. Nos parece que no podríamos existir si no lo tuviéramos. Este rincón es anticuado y distinguido, ¿verdad? me parece que respiro en él el mismo aire que en mi juventud. Mi esposa y yo pasamos aquí todas las tardes. Pero yo vengo por la mañana, pues me levanto temprano.

Apenas acabé de almorzar volví al Luxemburgo, y pronto vi á mi amigo que daba el brazo con toda ceremonia á una viejecita vestida de negro á quien fuí presentado. Era la Castris, la gran bailarina querida de los príncipes y del rey, adorada por

aquel siglo galante, que parece haber dejado en el mundo un perfume de amor.

Nos sentamos en un banco. Era en mayo. Un perfume de flores se esparcía por las limpias avenidas, y el sol se deslizaba entre el ramaje cubriéndonos de manchas de luz. El vestido negro de la Castris parecía salpicado de claridad.

El jardín estaba vacío. A lo lejos rodaban los coches.

—¿Quiere usted decirme—dije al viejo bailarín—lo que era el minué?

Se estremeció.

—El minué, caballero, es el rey de los bailes. Y el baile de las reinas ¿oye usted? Desde que no hay reyes no hay minué.

Y en estilo pomposo empezó un largo elogio ditirámbico que apenas comprendí. Quería hacerme describir los pasos, los movimientos, las posiciones y él se embrollaba, exasperándole su impotencia, nervioso y desolado.

De pronto, volviéndose hacia su antigua compañera silenciosa y grave:

—¿Quieres, Elisa, quieres que enseñemos al señor lo que era el minué?

Giró ella en torno la vista inquieta y luego se colocó enfrente de él.

Entonces vi una cosa inolvidable.

Iban y venían haciendo gestos infantiles, se sonreían, se balanceaban, se inclinaban, saltaban parecidos á dos viejas muñecas movidas por un mecanismo antiguo algo descompuesto, construído en otro tiempo por un obrero muy hábil en su oficio.

Yo les miraba con el corazón henchido de sensaciones extraordinarias y conmovida el alma por una indecible melancolía.

Parecíame ver una aparición lamentable y grotesca, la sombra pasada de moda de un siglo. Tenía ganas de reir y necesidad de llorar.

De pronto se detuvieron, pues habían terminado las figuras del baile. Durante unos segundos, permanecieron de pie uno ante otro haciendo visajes sorprendentes. Luego se abrazaron sollozando.

Marché tres días después á provincias. No les he vuelto á ver. Cuando volví á París, dos años más tarde, había desaparecido aquel rincón de jardín. ¿Qué se han hecho sin aquel querido jardín de otro tiempo con sus senderos formando laberinto, su encanto de antigüedad y los graciosos contornos de sus macizos?

¿Han muerto? ¿Discurren acaso por las calles

modernas, como desterrados sin esperanza? ¿Bailan acaso á fuer de espectros fantásticos, un minué extraño entre los cipreses de un cementerio á lo largo de los caminos bordeados de tumbas, á la luz de la luna?

No me abandona su recuerdo y me obsesiona y me tortura, y lo siento como se siente una herida. ¿Por qué? No lo sé.

Esto sin duda le parecerá ridículo ¿verdad?

EL MIEDO

EL MIEDO

A J. K. Huysmans.

Subimos á cubierta después de comer. Ante nosotros se extendía la superficie del Mediterráneo lisa, inmóvil, iluminada por la luna. El gran vapor avanzaba, arrojando al cielo, sembrado de estrellas, retorcida columna de humo: detrás de nosotros, el agua, blanca, agitada por el paso del pesado buque, azotada por la hélice, espumeaba, parecía retorcerse, lanzaba reflejos de luz en tanta abundancia, que dijérase que la luna hervía.

Seis ú ocho hombres estábamos reunidos, silenciosos, vuelta la mirada hacia el Africa lejana donde íbamos. El capitán, que fumaba un cigarro junto á nosotros, reanudó de pronto la conversación que sostuviéramos durante la comida.

—Sí, tuve miedo aquel día. Mi barco permaneció seis horas con aquella roca clavada en sus entrañas y azotado por las olas. Por fortuna fuimos recogidos por un buque inglés que nos vió.

Entonces un hombre alto y requemado por el sol, de aspecto grave; uno de esos hombres que se adivina que han atravesado grandes regiones desconocidas entre incesantes peligros y cuya mirada tranquila parece reflejar, en sus profundidades, algo de los raros países que ha visto; uno de esos hombres que se adivina que son valerosos como clara es el agua, naturalmente, habló por primera vez:

—Dice usted, capitán, que tuvo usted miedo; no lo creo. Se engaña acerca de la palabra y de la sensación que experimentó. Un hombre enérgico, no experimenta nunca miedo ante un peligro verdadero. Se siente conmovido, agitado, ansioso; el miedo es una cosa distinta.

El capitán replicó riendo:

—¡Diantre! Le aseguro, sin embargo, que sentí miedo.

El hombre de tez bronceada por el sol, repuso con lentitud:

—Permita usted que me explique. El miedo (y los hombres más osados pueden tener miedo) es

algo espantoso, una sensación atroz, un espasmo horrible del pensamiento y del corazón, cuyo solo recuerdo produce escalofríos de angustia. Pero esto no ocurre, siendo valiente, ni ante un ataque ni ante la muerte inevitable, ni ante todas las formas conocidas que reviste el peligro: ocurre en ciertas circunstancias anormales, bajo ciertas influencias misteriosas enfrente de un vago riesgo. El verdadero miedo es algo así como reminiscencia de los terrores fantásticos de otro tiempo. Un hombre que crea en los aparecidos y que cree advertir un espectro en el seno de la noche, debe experimentar el miedo en todo su espantoso horror.

Yo adiviné el miedo en pleno día, hace unos diez años. Lo sentí el invierno último en una noche de diciembre.

Y, sin embargo, he corrido serios peligros, aventuras que parecían mortales. Me he batido á menudo. Unos ladrones me dejaron por muerto. Fuí condenado á la horca como insurgente en América, y á ser echado al mar á bordo de un buque en las costas de China. En todas esas ocasiones me creí perdido é inmediatamente me sentía dispuesto al sacrificio, sin enternecerme sobre mi suerte, sin deplorarla siquiera.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pero el miedo no es eso.

Lo presentí en Africa, á pesar de que dicen que es hijo del norte y que el sol lo disipa como disipa la niebla. Noten ustedes esto, señores. Entre los orientales no se aprecia la vida; todos se resignan en seguida; las noches son claras y sin fantasmas, sin esas inquietudes sombrías que en los países septentrionales acongojan á los hombres. En Oriente puede conocerse el pánico; pero no existe el miedo.

Pues bien: he aquí lo que me ocurrió en suelo africano:

Atravesaba las grandes dunas al sur de Ourgla. Es aquel uno de los países más raros del mundo. Ustedes conocen la arena de las playas lisas, sin ondulaciones. Pues figúrense que el mar se ha convertido en arena á impulsos del huracán; imaginen una tempestad silenciosa de olas inmóviles de polvo amarillo. Son altas como montañas, desiguales, diferentes, erguidas como las del mar cuando están desencadenadas, con estrías y líneas curvas en su superficie. Sobre este mar furioso, mudo y sin movimiento, el sol devorador del sur vierte sus llamas implacables y directas. Hay que subir esas olas de ceniza dorada, bajarlas, volver á subirlas, y subir sin reposo ni sombra.

Los caballos jadean, se hunden hasta las rodillas y resbalan al descender aquellas sorprendentes colinas.

Eramos dos amigos seguidos de ocho spahis y de cuatro camelleros con sus acémilas. No hablábamos, rendidos de calor y fatiga y atormentados por la sed como el ardiente desierto.

De pronto uno de nuestros hombres lanzó una especie de grito. Todos nos detuvimos y permanecimos inmóviles, sorprendidos por un inexplicable fenómeno, que conocen los que han viajado por esas comarcas perdidas.

Cerca de nosotros, en dirección indeterminada, redoblaba un tambor, el misterioso tambor de las dunas; redoblaba de un modo claro, tan pronto vibrante como debilitándose su sonido; se detenía y luego continuaba su redoble fantástico.

Los árabes, asustados, se miraban, y uno de ellos dijo en su idioma: «La muerte se cierne sobre nosotros.» Y he ahí que, de repente, mi compañero, mi amigo, casi mi hermano, cae de cabeza del caballo, fulminado por una insolación.

Durante dos horas, mientras trataba de salvarle en vano, aquel tambor invisible llenaba mis oídos con su redoble monótono, incomprensible, inter-

mitente, y yo sentía que el miedo, el verdadero, el repugnante miedo penetraba en mis tuétanos mientras contemplaba aquel cadáver querido en aquel agujero abrasado por el sol entre cuatro montes de arena, mientras el eco desconocido nos traía, á doscientas leguas de todo pueblo francés, el redoblar rápido del tambor.

Aquel día comprendí lo que es tener miedo; mejor lo comprendí otra vez...

El capitán interrumpió al narrador.

—Dispense usted, caballero, ¿supo usted qué era aquel tambor?

El viajero replicó:

—No lo sé. Nadie lo sabe. Los oficiales, sorprendidos á menudo por aquel ruido singular, lo atribuyen generalmente al eco aumentado, multiplicado, desmesuradamente acrecido por los altibajos de las dunas, de una granizada de granos de arena, llevados por el viento á chocar contra una mata de hierba seca; pues se ha comprobado que ese ruido resuena siempre cerca de alguna de esas plantas secadas por el sol y duras como pergamino.

Ese tambor parece que es como un espejismo del sonido. Así dicen. Pero sólo supe esto mucho tiempo después.

Voy á contar mi segunda emoción.

Era el invierno último, en un bosque del noreste de Francia. Obscureció mucho más temprano por lo obscuro que estaba el cielo. Tenía por guía un campesino que andaba á mi lado, por estrecho sendero, bajo una bóveda de pinabetes, que el viento desencadenado hacía gemir. Entre las cimas veía correr las nubes, como si huyeran presas de espanto. A veces, al empuje de incontrastable ráfaga, todo el bosque se inclinaba hacia un mismo lado con un quejido de dolor; y yo sentía frío á pesar de mi marcha rápida y de lo bien abrigado que iba.

Debíamos cenar y dormir en casa de un guardabosque que por allí vivía. Iba yo allí para cazar.

Mi guía levantaba la mirada á veces y decía:

—¡Qué tiempo tan triste!

Luego me habló del guardabosque y de su familia. El padre había matado á un cazador furtivo dos años antes, y desde entonces estaba triste, como acosado por un recuerdo. Sus dos hijos, casados, vivían con él.

Las tinieblas eran profundas. Nada veía ante mí ni en torno, y el ramaje de los árboles, entrechocando, poblaba de rumores la soledad. Por fin advertí una luz, y al poco rato mi compañero llamaba

á una puerta. Gritos agudos de mujeres nos contestaron. Luego una voz varonil, como ahogada, preguntó:

—¿Quién va?

Mi guía dijo su nombre. Entramos. Fué un cuadro inolvidable.

Un viejo canoso, con la vista extraviada y el fusil cargado en la mano, nos esperaba en pie, en el centro de la cocina. Dos mocetones empuñando sendas hachas, guardaban la puerta. En los obscuros rincones pude distinguir á dos mujeres arrodilladas ocultándose de cara á la pared.

Nos explicamos. El viejo dejó su arma y mandó que prepararan mi cuarto; luego, al ver que las mujeres no se movían, me dijo:

—Mire usted, caballero; hace hoy dos años que maté á un hombre. El año pasado me vino á llamar; hoy le espero también.

Y añadió, en un tono que me hizo sonreir:

—Así es que no estamos tranquilos.

Le tranquilicé como mejor supe, contento de haber llegado aquella noche, pues así me era dado presenciar el espectáculo de aquel terror supersticioso. Conté anécdotas y aventuras y casi conseguí tranquilizar á todos.

Cerca de la lumbre, un perro viejo, casi ciego y mostachudo, uno de esos perros que se parecen á alguien que conocemos, dormía con la nariz entre las patas.

En el exterior, la tempestad se encarnizaba contra la casita, y por un cristal pequeño, especie de mirilla colocada junto á la puerta, veía de pronto una masa de árboles, zarandeados por el viento, á la luz de vivos relámpagos.

A pesar de mis esfuerzos, comprendía que un terror profundo sobrecogía á todos aquellos seres, y, cada vez que dejaba de hablar, todos los oídos escuchaban hacia lo lejos. Aburrido de presenciar aquellos temores imbéciles, iba á retirarme á mi cuarto, cuando el viejo guardabosque dió un salto en la silla, empuñó de nuevo el fusil y balbuceó con voz aterrorizada:

—¡Ahí está! ¡Ahí está! ¡Ya le oigo!

Las dos mujeres volvieron á caer de rodillas ocultando sus rostros, y ambos mozos cogieron las hachas. Iba á ver si de nuevo les calmaba, cuando el perro dormido se despertó bruscamente, y levantando la cabeza y alargando el pescuezo, miró al fuego con sus ojos casi apagados y lanzó uno de esos lúgubres aullidos que, por la noche, hacen es-

tremecer á los viajeros en el campo. Todas las miradas se fijaron en él, que estaba inmóvil, de pie, como asustado por una visión, y que de nuevo se puso á aullar hacia algo invisible, espantoso sin duda, pues se le erizaba el pelo de todo el cuerpo. El guarda, lívido, gritó:

—¡Lo olfatea! ¡Lo olfatea! ¡Estaba allí cuando lo maté!

Y ambas mujeres, enloquecidas, se echaron á chillar como el perro.

A pesar mío, sentí un estremecimiento. Aquella visión del animal en aquel sitio, en aquella hora, entre aquellas gentes despavoridas, daba horror.

Entonces, durante una hora, el perro aulló sin moverse; aulló como si sintiera la angustia de una pesadilla, y el miedo, el espantoso miedo penetraba en mi corazón. ¿El miedo de qué? ¿Lo sé yo acaso? Era el miedo; he ahí todo.

Permanecíamos quietos, lívidos, esperando algún acontecimiento espantoso, con el corazón latiendo arrebatadamente, atento el oído, trastornados por el menor ruido. El perro empezó á dar vueltas por la habitación olfateando las paredes, gimiendo sin tregua. ¡Aquel animal nos enloquecía! Entonces el guía, como acometido de una especie de paroxismo

de terror furioso, se lanzó sobre el perro y, abriendo una puertecita que daba á un patio, lo echó afuera.

Calló en seguida, y nosotros quedamos sumidos en un silencio más aterrador aun. De pronto, todos á una, nos estremecimos sobresaltados; alguien se deslizaba á lo largo de la pared que daba al bosque; después pasó junto á la puerta, que tocó con mano vacilante; luego, durante dos minutos en que todos enloquecimos, no se oyó nada. Después se acercó de nuevo, rascó ligeramente la pared como pudiera hacerlo un niño con la uña; y, de pronto, una cabeza apareció por el cristal de la mirilla; una cabeza blanca, con ojos luminosos como los de las fieras. Salió de su boca un quejido extraño, un murmullo lastimero.

Entonces estalló un ruido formidable en la cocina. El viejo guardabosque había disparado. En seguida sus hijos se precipitaron; taparon la abertura con la mesa, la cual afianzaron con el buffet.

Y les aseguro que al oir la detonación que no esperaba, sentí tal angustia en el corazón, en el alma y en el cuerpo que me sentí desfallecer, y estuve á pique de morir de miedo.

Estuvimos en aquel cuarto hasta el alba, incapa-

ces de movernos, de hablar, crispados todos nuestros nervios de un modo indecible.

No nos atrevimos á desembarazar la puerta, hasta que entró un rayo de luz del día por una rendija.

Junto á la pared, contra la puerta, estaba tendido el perro, con la garganta atravesada por un balazo.

Había salido del patio abriendo un agujero debajo de la empalizada.

El narrador calló unos instantes y prosiguió así:

—Aquella noche no corrí ningún peligro; pero preferiría volver á afrontar todos los que he corrido á encontrarme de nuevo en el instante en que disparó el fusil contra la cabeza barbuda que apareciera en el cristal.

UNA BROMA NORMANDA

Una broma normanda

A A. de Joinville.

El cortejo se extendía por el camino hondo sombreado por grandes árboles crecidos sobre los firmes taludes. Venían primero los novios, después los parientes, luego los invitados, y por último los pobres del país, y los muchachos, que daban vueltas alrededor de los novios como moscas, pasaban entre las filas y se subían á los árboles para ver mejor.

El novio era un guapo muchacho, Juan Patu, el labrador más rico del país. Era ante todo un cazador frenético que enloquecía por satisfacer su pasión, y gastaba cantidades enormes para sus perros, guardabosques, hurones y escopetas.

La novia, Rosalía Roussel, había sido muy cortejada por todos los mozos de la comarca, pues era linda y tenía dote; pero ella había preferido á Patu, quizá porque le gustaba más que los otros, ó quizá porque, á fuer de buena normanda, no desdeñaba el dinero.

Cuando pasaron el gran portal de la casa del novio, estallaron cuarenta escopetazos por lo menos, sin que se viera á los que disparaban. Al oir aquel ruido, una gran alegría se apoderó de los hombres que sudaban el quilo con sus trajes domingueros, y Patu, dejando á su mujer, dió un salto hacia un criado que vió detrás de un árbol, le cogió su arma, y disparó él mismo un tiro brincando como un potrino.

Luego volvieron á ponerse en marcha bajo los manzanos cubiertos de fruto á través de la hierba alta, entre las terneras y novillos que se levantaban perezosamente, miraban con sus grandes ojos, y permanecían en pie como sorprendidos de ver aquella comitiva.

Los hombres recobraban su gravedad viendo que se acercaba la hora de la comida. Unos, los ricos, llevaban sombreros de copa muy relucientes que no parecían muy en armonía con el paisaje; otros,

llevaban sombreros de pelo largo que parecían de piel de topo, y los más humildes se contentaban con una gorra.

Todas las mujeres tenían los chales caídos á la espalda de los cuales aguantaban las puntas con gran ceremonia. Aquellos chales eran charros, llamativos, chillones y sus vivos colores parecían admirar á las negras gallinas que picoteaban el estiércol, á los patos que estaban junto á la charca y á las palomas que estaban posadas en las techumbres.

El verde color de la campiña, el de la hierba y el de los árboles parecían rabiar al contacto de aquel color de púrpura, y los dos tonos vivísimos, resaltando el uno al lado de otro, resultaban cegadores á los rayos de fuego del sol de mediodía. La gran casa de campo parecía esperar al final de la bóveda de manzanos. Una especie de humo salía por todas sus aberturas y singularmente por la puerta, y el vasto edificio despedía un olor pesado de comida que abría el apetito de los invitados.

El cortejo que éstos formaban se alargaba como una serpiente á través del patio. Los primeros que llegaban á la casa rompían aquella cadena humana, se dispersaban mientras que á lo lejos continuaban

entrando todavía gente y más gente en el patio. Junto á la zanja que corría alrededor del patio había docenas y docenas de muchachos y de curiosos y no cesaban los disparos estallando aquí y allá, todos á la vez, llenando el aire de esa humareda de pólvora que emborracha como el ajenjo. Delante de la puerta las mujeres sacudían el polvo de sus vestidos y desataban las oriflamas que servían de cintas á sus sombreros, se quitaban los chales y se los colocaban al brazo y luego entraban en la casa para dejar definitivamente aquellos adornos.

La mesa se había puesto en la cocina y podía contener cien personas.

Se sentaron á las dos. A las ocho comían aún. Los hombres, con el chaleco y la camisa desabrochada, sin chaqueta, con el rostro congestionado, engullían como abismos. La sidra amarilla relucía alegre, clara y dorada en las anchas copas junto al vino rojo de color de sangre. Entre plato y plato se echaban entre pecho y espalda una copa de aguardiente que incendia el cuerpo y enloquece los cerebros.

De vez en cuando, un convidado ahito salía hasta un grupo de árboles cercano, se aliviaba y volvía á entrar con más hambre que antes.

Las campesinas, de color de escarlata, oprimidas, con el pecho inflado como un globo, agarrotadas por los corsés, hinchadas de arriba y de abajo, permanecían en la mesa por pudor. Pero una de ellas, más apurada que las otras, se levantó y todas la siguieron.

Volvían más alegres, dispuestas á reir. Entonces empezaron las bromas atrevidas.

Se dijeron obscenidades enormes relativas todas á la noche de novios. Se vació todo el arsenal de chistes verdes. Desde hacía cien años, repetíanse las mismas historietas, y aun cuando todos las conocían, no por eso dejaban de hacer reir á las dos filas de comensales.

Un viejo de pelo gris gritaba: «¡Viajeros para Mezidon, al coche!» Y todo el mundo soltaba la carcajada. En el extremo de la mesa, cuatro mozos, vecinos del novio, preparaban bromitas para la pareja, y parecían haber hallado alguna maravillosa según lo que reían y cuchicheaban.

Uno de ellos, de pronto, aprovechando un instante de silencio, exclamó:

—¡Buena luna hace hoy para los cazadores furtivos! ¡Oye, Juan! me parece que no serás tú quien vigile esta noche.

El recién casado se volvió bruscamente.

—¡Que vengan esos perdidos!

El que le interrogara se echó á reir.

—¡Bah! ¡Me parece que no abandonarás tu trabajo por tan poca cosa!

Todos los comensales soltaron el trapo á reir. Tembló el pavimento y temblaron las copas.

Pero Juan, á quien la idea de que podían aprovechar su boda para cazar en sus tierras ponía fuera de sí, se puso furioso.

—Lo que os digo; ¡que vengan esos perdidos!

Entonces hubo una lluvia de obscenidades y de frases de doble sentido que hacían ruborizar á medias á la novia, que esperaba estremecida el final de la fiesta.

Luego, cuando se hubieron bebido barriles de aguardiente, cada cual marchó á su casa, y los jóvenes entraron en su cuarto, situado en la planta baja, como todas las habitaciones de las casas de labranza, y como hacía calor, abrieron la ventana.

Una lamparilla de mal gusto, regalo del padre de la novia, ardía sobre la cómoda y la cama estaba dispuesta á recibir á la nueva pareja que no gastaba tantos cumplidos como los burgueses de las ciudades.

La joven se había ya quitado los adornos del peinado y el vestido, y estaba en enaguas, quitándose las botas, mientras Juan terminaba un cigarro mirando de soslayo á su compañera.

La miraba con ojos encandilados, más sensuales que cariñosos, pues antes la deseaba que la amaba, y de pronto, con un movimiento brusco, como un hombre que va á trabajar, se quitó la levita.

Ella se había quitado las botas y hacía lo mismo con las medias. Entonces, como le tuteaba desde niña, le dijo:

—Anda, ocúltate allí, detrás de las cortinas mientras yo me meto en la cama.

El fingió rehusar, y luego, se fué allá con aire socarrón y oculto el cuerpo pero no la cabeza. Reíase la moza, quería taparle los ojos y jugaban de un modo alegre y amoroso sin pudor y sin vergüenza.

Para acabar de una vez, cedió Juan, y en un instante desató ella los cordones de las últimas enaguas que se deslizaron á lo largo de las piernas, cayeron en torno de sus pies y formaron como un aro blanco en el suelo. Pasó por encima, tapada únicamente por la camisa holgada, y se deslizó en la cama cuyos resortes crujieron bajo su peso. El acu-

dió en seguida también descalzo, llevando únicamente el pantalón, y se inclinaba hacia su mujer buscando sus labios que ocultaba ella en la almohada, cuando de pronto, sonó un tiro en el bosque de la Râpée, á lo que le pareció.

Se irguió inquieto, azorado, y corrió á la ventana quitando el

La luna llena bañaba el patio con su luz amarillenta. La sombra de los manzanos formaba manchas sombrías y á lo lejos, la campiña cubierta de espigas maduras, relucía.

Mientras Juan estaba inclinado hacia afuera, dos brazos desnudos se ciñeron á su cuello y la mujer, echándole hacia atrás, murmuró:

—Déjalo, tonto, ¿qué te importa eso? Ven.

Se volvió, la cogió, la estrechó, la palpó bajo la ligera tela y levantándola con sus brazos robustos, la llevó hacia la cama.

En el momento en que la ponía sobre la cama se oyó una detonación más próxima.

Entonces Juan, dominado por una cólera furiosa, exclamó:

—¡Ira de Dios! ¿Creen que no saldré porque me he casado? Espera, espera.

Se calzó, descolgó el fusil que estaba colgado

siempre al alcance de su mano, y aun cuando su mujer se arrastraba de rodillas y le suplicaba desesperada, se desasió bruscamente, corrió á la ventana y saltó al patio.

Esperó una hora, dos horas, hasta el día. Su marido no volvió. Entonces medio loca llamó, explicó el furor de Juan y el modo como había marchado en busca de los cazadores.

En seguida los criados, los carreteros y los mozos de labranza marcharon en busca del amo. Le encontraron á dos leguas de la casa de campo, atado de pies y manos á un árbol, medio muerto de ira, con la escopeta torcida, los calzones al revés, tres liebres muertas alrededor del cuello, y un cartelón en el pecho que decía:

«Quien va á la caza
pierde la plaza.»

Años después, cuando contaba aquella noche de novios, añadía:

—Como broma fué buena, me cogieron en un lazo como á un conejo, los pícaros, y me taparon la cabeza con un saco. Si un día les pesco, ya sabrán lo que es bueno.

De esta manera se divierte la gente en días de boda en la tierra normanda.

LOS ZUECOS

LOS ZUECOS

A León Fontaine.

El viejo párroco balbuceaba las últimas palabras de su sermón acerca de las cofias blancas de las aldeanas y del pelo rudo ó pringoso de pomada de los aldeanos. Las grandes cestas de las campesinas que habían acudido desde lejos para oir la misa, estaban puestas á su lado en el suelo; y el bochorno de un caluroso día de julio, hacía que de toda aquella gente se desprendiera olor á ganado, á rebaño. El canto de los gallos entraba por la gran puerta abierta, así como los mugidos de las vacas tendidas en un prado vecino.

A veces un soplo henchido de los aromas del campo entraba, levantando las cintas de las cofias,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

y haciendo oscilar las amarillentas luces del altar mayor... «Como Dios lo desea. Así sea,» pronunciaba el sacerdote. Luego calló, abrió un libro y, como todas las semanas, empezó á recomendar á sus ovejas, los asuntos íntimos del pueblo. Era un anciano canoso, que administraba la parroquia desde cuarenta años atrás, y la plática le servía para hablar familiarmente con todos.

Añadió: «Recomiendo á vuestras oraciones á Deseado Vallin, que está muy malo, y á la Paumelle, que tarda mucho en reponerse de su parto.»

No sabía más. Buscaba los trocitos de papel puestos en su breviario. Halló dos y continuó: «Los mozos y las muchachas no deben ir por la tarde al cementerio, de lo contrario avisaré al guardabosque.» «El señor Cesáreo Omont desea encontrar una muchacha honrada para servirle.» Reflexionó algunos segundos y añadió: «No hay más, hermanos míos; la gracia sea con vosotros, en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.»

Y bajó del púlpito para terminar la misa.

Cuando los Malandain hubieron vuelto á su cabaña, la última de la aldea de la Sablière, en el camino de Fourville, el padre, que era un labriego ba-

jito y amojamado, se sentó ante la mesa mientras su esposa descolgó la olla que hervía colgada de una cadena sobre el hogar, y su hija Adelaida ponía vasos y platos, y dijo: «Quizá sería una buena plaza esa de Omont. Es viudo, su nuera no le puede tragar, vivé solo y tiene guita. Podríamos enviar á Adelaida.»

La mujer dejó en la mesa la marmita ahumada, quitó la tapadera, y mientras subía al techo el vapor de la sopa con coles, reflexionó.

El marido repuso: «Indudablemente es un buen negocio; pero hay que ser listo y Adelaida no lo es ni por el forro».

Su esposa replicó: «Podríamos probar». Luego, volviéndose hacia su hija, una mocetona que parecía tonta, de pelo amarillento y las mejillas coloradas como unas manzanas, gritó: «¿Oyes, tontaina? Irás á casa el tío Omont á proponerte como criada, y harás cuanto te mande».

La muchacha se echó á reir tontamente sin contestar, y los tres se pusieron á comer.

Al cabo de diez minutos, el padre añadió:

—Oye una palabra, muchacha, y procura no faltar á lo que te voy á decir...

Y de un modo lento y meticuloso, le trazó toda

una línea de conducta, preparándola para aquella conquista de un viejo viudo reñido con su familia.

La madre había dejado de comer para escuchar, y estaba con el tenedor en la mano, mirando á su marido y á su hija alternativamente, siguiendo aquellas instrucciones con atención concentrada y muda.

Adelaida estaba inerte, con la mirada errante y vaga, dócil y estúpida.

Apenas terminada la comida, la madre le hizo poner la cofia, y se fueron á casa del señor Cesáreo Omont. Vivía en una especie de pabelloncito de ladrillo, pegado á las granjas de sus colonos, porque no trabajaba ya, y vivía de sus rentas.

Tenía cincuenta y cinco años; era grueso, jovial y adusto á fuer de rico. Reía y gritaba con tanto estruendo que hacía retemblar las paredes; bebía sidra y aguardiente á más no poder, y le gustaban todavía las mujeres á pesar de su edad.

Gustaba de pasear por el campo con las manos á la espalda, hundiendo los zuecos en la tierra blanda, fijándose en el trigo, que apuntaba, ó en el mijo, que ya había florido, con mirada de inteligente.

Decían de él: «Es un buen hombre, paro algo lunático».

Recibió á las dos mujeres de sobremesa tomando café. Retrepándose preguntó:

—¿Qué desean ustedes?

La madre tomó la palabra:

—Vengo á proponerle para criada á nuestra hija Adelaida, visto lo que ha dicho el cura esta mañana.

Maese Omont miró á la muchacha y luego dijo bruscamente:

—¿Qué edad tiene esta tontuela?

—Por San Miguel cumplirá veintiún años, señor Omont.

—Bueno, le daré quince francos al mes y la comida. Que venga mañana por la mañana pera hacerme el almuerzo.

Y despidió á las dos mujeres.

Adelaida entró en funciones al día siguiente y empezó á trabajar de firme sin decir una palabra como hacía en casa de sus padres.

A las nueve, mientras limpiaba el suelo de la cocina, la llamó el señor Omont.

—¡Adelaida!

Acudió en seguida diciendo:

—Aquí estoy, amo mío.

Apenas estuvo frente á él con las manos coloradas, los brazos caídos y medio turbada, él le dijo:

—Escucha, voy á decirte algo para que comprendas lo que has de hacer. Eres mi criada y nada más, ¿oyes? No juntaremos nuestros zuecos.

—Sí, amo mío.

—Cada cual á su sitio, hija mía; tú tienes la cocina, yo la sala. Fuera de esto todo será tuyo como es mío. ¿Entendidos?

—Sí, amo mío.

—Vaya, bueno, ve á tus quehaceres.

A medio día sirvió la comida en una salita cuyas paredes estaban cubiertas de papel pintado, y cuando la sopa estuvo en la mesa fué á avisar al señor Omont.

—La comida está dispuesta, amo mío.

Entró, se sentó, miró en torno suyo, desplegó la servilleta, vaciló un instante y luego gritó con voz de trueno:

—¡Adelaida!

Salió la chica asustada, y su amo le gritó como si fuera á asesinarla:

—¡Ira de Dios!... ¿Dónde está tu cubierto?

—Pero... amo mío...

Omont continuaba vociferando.

—¡No me gusta comer sólo, voto á Dios! ponte ahí ó lárgate si no quieres. Tráete platos y cubierto.

La chica, asustada, cumplió sus órdenes diciendo:

—Ya estoy aquí, amo mío.

Entonces se mostró muy jovial; bebía, reía, daba puñetazos en la mesa, y contaba cuentos que Adelaida escuchaba con la vista baja sin atreverse á pronunciar una palabra.

De vez en cuando, se levantaba para buscar pan, sidra ó platos.

Al traer el café sólo puso una taza delante del amo y entonces él, colérico de nuevo, gruñó:

—Bueno, ¿y para ti?

—No tomo, amo mío.

—¿Por qué no tomas?

—Porque no me gusta.

Entonces se indignó de nuevo.

—¡No me gusta tomar solo el café, voto á Dios! ¡Si no quieres tomarlo, lárgate!... Ve á buscar una taza para ti.

La muchacha la trajo, se sentó, probó la negra bebida, hizo un visaje, pero temiendo la cólera de su amo, la sorbió hasta la última gota.

Luego tuvo que beber una copa de aguardiente y tras de ésta otra, y otra aun.

El señor Omont la dejó libre.

—Ve á lavar los platos ahora, eres una buena muchacha.

Lo mismo ocurrió á la comida. Tuvo que jugar una partida de dominó y después la envió á acostarse.

– Acuéstate, subiré de aquí á un rato.

La chica subió á su cuarto, que era un sotabanco, rezó sus oraciones, se desnudó y se deslizó entre las sábanas.

Pero de pronto saltó despavorida. Una voz terrible hacía retemblar la casa.

—¿Adelaida?

Abrió la chica la puerta, y contestó:

—Aquí estoy, amo mío.

—¿Dónde estás?

—Estoy en la cama, amo mío.

Entonces el señor Omont, rugió:

—¿Quieres bajar, voto á Dios?... No me gusta dormir solo, voto á Dios... ¡Y si no quieres, lárgate, voto á Dios!...

Ella, desde arriba, contestó atortolada, mientras buscaba la vela:

—¡Aquí estoy, amo mío!

Oyó el señor Omont el ruido de sus zuecos pequeños golpear en la escalera, y cuando llegó á los

últimos escalones la cogió por el brazo, y apenas hubo dejado su estrecho calzado junto á los enormes zuecos de su amo, éste la empujó dentro de su cuarto, gruñendo:

—¡Date prisa, voto á Dios!...

Y ella, sin saber lo que se decía, repetía de continuo:

—Aquí estoy, aquí estoy, amo mío...

Seis meses después iba á ver á sus padres un domingo y su padre la examinó con curiosidad, y luego le preguntó:

—¿Estás preñada?

La muchacha parecía atontada y mirándose el vientre, contestó:

—No, no lo creo.

Entonces, el aldeano empezó á interrogarla queriendo saberlo todo.

—Ea, dime la verdad, ¿alguna noche no habéis juntado los zuecos?

– Sí, desde el primer día y después cada noche.

—Entonces estás preñada, mastuerza.

Se echó á sollozar la chica, balbuceando:

—¿Qué sabía yo, qué sabía yo?

El tío Malandain la acechaba con expresión regocijada, y luego preguntó:

—¿Qué es lo que no sabías?

Y ella, entre sollozo y sollozo, dijo:

—¡No sabía que los chiquillos se hicieran así!

Entraba la madre. Su marido dijo sin cólera:

—Mira, ya está preñada.

Su madre se enfadó indignada, injuriando á su hija que lloraba tratándola de «perdida» y «arrastrada».

El viejo la hizo callar. Y al coger la gorra para ir á hablar de sus asuntos con maese Omont, declaró:

—Es más tonta de lo que creías, ni siquiera sabía lo que se hacía.

El domingo siguiente el cura desde el púlpito echó las primeras amonestaciones del señor Onofre Cesáreo Omont con Celeste Adelaida Malandain.

LA VUELTA

LA VUELTA

El mar azota la costa con sus olas monótonas. Nubecillas blancas pasan rápidas por el cielo azul, arrastradas por el viento impetuoso; y la aldea, abrigada en un pliegue del terreno que baja al Océano, se calienta al sol.

Junto al camino, aislada, se ve la casa de los Martín-Levesque. Es una casita de pescador, de paredes de arcilla y la techumbre de paja. Una huertecita, grande como una sábana, donde crecen cebollas, perejil, coles y zanahorias se extiende ante la puerta y le cierra un seto por el lado del camino.

El marido está pescando, y la mujer, junto á la puerta, remienda una red obscura tendida en una pared, como una inmensa tela de araña. Una niña

de unos catorce años, á la entrada de la huerta, sentada en una silla de enea, repasa ropa blanca, cose, zurce, lo que ya ha zurcido y cosido diez veces. Otra muchacha, que parece tener un año menos, lleva en brazos una criaturita de teta; y dos arrapiezos de tres ó cuatro años, sentados en el suelo frente á frente, escarban la tierra y se echan puñados de ella á la cara.

Nadie habla. Sólo el rorro que quieren hacer dormir chilla con voz agria y débil. Un gato duerme en la ventana, y unos girasoles abiertos forman junto al suelo como un ramillete de flores blancas sobre el que vuelan miles de moscas.

La muchacha que cose junto á la entrada grita de pronto:

—¡Madre!

Esta contesta:

—¿Qué quieres?

—Ya vuelve.

Están inquietas porque desde la mañana un hombre ronda la casa; un hombre viejo que parece pobre. Le vieron cuando acompañaban á su padre á la barca. Estaba sentado en la cuneta, frente á la puerta. Al volver de la playa aun estaba allí, mirando la casa.

Parecía enfermo y muy miserable. Durante una hora permaneció inmóvil; luego, viendo que inspiraba sospechas, se levantó y alejó arrastrando los pies.

Pero pronto volvió con su paso lento y cansado y de nuevo se sentó, un poco más lejos esta vez, como para espiarlas.

Madre é hijas tenían miedo. Aquélla sobre todo sentía gran espanto porque era miedosa y su marido, Levesque, sólo debía volver del mar al anochecer.

Su marido se llamaba Levesque; á ella la llamaban Martín y les habían bautizado sus vecinos por Martín-Levesque. He aquí por qué; ella se había casado en primeras nupcias con un marinero llamado Martín, que cada año iba á Terranova, á la pesca del bacalao.

Al cabo de dos años de matrimonio tuvo de él una niñita, y estaba otra vez preñada cuando el buque en qué navegaba Martín, el *Dos-Hermanas*, una barca de tres palos de Dieppe, desapareció.

Nunca más se supo una palabra de él; ninguno de los tripulantes volvió y se creyó que todos habían naufragado con el buque.

La Martín esperó á su marido diez años mante-

niendo con grandes trabajos á sus dos hijas; pero como era trabajadora y buena mujer, un pescador del país, Levesque, viudo con un hijo, la pidió en matrimonio. Se casaron y tuvo dos niños en tres años.

Vivían penosa y laboriosamente. El pan era escaso y la carne casi desconocida en aquella casa. A veces, en invierno, era preciso quedar á deber al panadero. Los niños estaban sanos y robustos. La gente decía:

—Los Martín-Levesque son buena gente. La Martín es muy trabajadora y Levesque es el mejor pescador de la comarca.

La niña, sentada en el huerto, añadió:

—Se diría que nos conoce. Quizá es algún mendigo de Epreville ó de Auzebosc.

Pero la madre no se engañaba, no. No era nadie de los contornos.

Como no se movía poco ni mucho y fijaba con obstinación su mirada en la casa de los Martín-Levesque, la Martín se enfureció, y sacando fuerzas de su mismo miedo, cogió una pala y salió al camino.

—¿Qué hace usted aquí?—gritó al vagabundo.

Este contestó con voz ronca:

—Tomo el fresco. Supongo que no le causo ningún daño con ello.

La Martín añadió:

—¿Por qué parece estar usted espiando nuestra casa?

El pobre replicó:

—No hago daño á nadie. ¿No está permitido sentarse en la carretera?

No supo qué contestar la Martín y se metió en casa.

El día transcurrió lentamente. A mediodía desapareció aquel hombre. Pero volvió á pasar á las cinco de la tarde. No se le vió más aquel día.

Levesque volvió entrada la noche y le explicaron el caso.

—¡Bah!—replicó;—será algún holgazán ó algún bromista.

Y se acostó sin inquietud, mientras que su compañera pensaba en aquel roder que la mirara de un modo tan extraño.

Cuando amaneció hacía mucho viento y el marinero, viendo que no podría salir á la mar, ayudó á su mujer á arreglar las redes.

A las nueve, la hija mayor, una de las Martín, que había ido á comprar pan, volvió corriendo, azorada, y gritó:

—¡Madre, ya está aquí!

La Martín palideció y dijo á su marido:

—Ve á hablarle, hombre. Así dejará de espiarnos. Estoy que no sé lo que me hago.

Y Levesque, un marinero alto, atezado, de barba espesa y roja, de ojos azules muy vivos, de cuello de toro, siempre vestido de lana por temor al viento y á la lluvia, salió tranquilamente y se acercó al vagabundo.

Hablaron.

La madre y sus hijos les miraban desde lejos, ansiosos y temblorosos.

De pronto el desconocido se levantó y se vino hacia la casa con Levesque.

La Martín retrocedía asustada. Su marido le dijo:

—Dale un trozo de pan y un vaso de sidra; no ha comido desde anteayer.

Entraron los dos en la casa, seguidos de la mujer y los chicos. El vagabundo se sentó y se puso á comer con la cabeza baja, teniendo todas las miradas fijas en él.

La madre, en pie, le miraba; las dos chicas, las Martín, le miraban también con avidez, y los dos arrapiezos, que estaban sentados sobre la ceniza del

hogar y jugaban con un caldero, suspendieron sus juegos para contemplar al extraño huésped.

Levesque, sentándose en una silla, le preguntó:

—¿Viene usted de lejos?

—Vengo de Cette.

—¿A pie?...

—Sí, á pie; cuando no hay dinero ¡qué remedio!...

—Y ¿dónde iba usted, pues?

—Venía aquí.

—¿Conoce usted á alguien?

—Pudiera ser.

Callaron. Comía lentamente aunque tuviese hambre y bebía un trago de sidra á cada bocado de pan. Tenía la cara avejentada, arrugada; parecía haber padecido mucho.

Levesque le preguntó de pronto:

—¿Cómo se llama usted?

El otro contestó sin levantar la mirada:

—Me llamo Martín.

Un temblor extraño se apoderó de la madre. Dió un paso, como para ver de más cerca el vagabundo y quedó enfrente de él con la boca abierta y los brazos caídos. Nadie decía nada. Por fin Levesque preguntó:

—¿Es usted de aquí?

—Soy de aquí—replicó.

Y como al cabo levantó la cabeza, los ojos de la mujer y los suyos se encontraron y quedaron fijos unos en otros, como si las miradas se atrajesen.

Ella dijo de repente con voz cambiada, baja, temblorosa:

—¿Eres tú, marido?

El articuló despacio:

—Sí, soy yo.

No se movió y continuó mascando el pan.

Levesque, más sorprendido que conmovido, balbuceó:

—¿Tú eres Martín?

El otro dijo simplemente:

—Sí, soy yo.

El segundo marido preguntó:

—¿De dónde vienes, pues?

El primero replicó:

—De la costa de Africa. Naufragamos junto á un banco. Nos salvamos tres; Picard, Vatinel y yo. Después nos cogieron los salvajes, que nos tuvieron doce años. Picard y Vatinel murieron. A mí me salvó un viajero inglés y me llevó á Cette. Y aquí estoy.

La Martín lloraba, tapada la cara con el delantal.

Levesque exclamó:

—¿Y qué haremos ahora?

Martín preguntó:

—¿Eres su marido?

Levesque contestó:

—Sí, soy yo.

Se miraron y callaron.

Entonces Martín, viendo á los niños en torno suyo, señaló con la cabeza á las dos muchachas.

—¿Son las mías?

Levesque contestó:

—Son las tuyas.

No se levantó; no las abrazó; dijo tan sólo:

—¡Dios mío, cuán crecidas están!

Levesque repitió:

—¿Qué haremos?

Martín, perplejo, tampoco lo sabía. Por fin se decidió:

—Haré lo que quieras. No quiero causarte perjuicios. La contrariedad está en la casa. Yo tengo dos hijos, tú tres; cada cual se queda los suyos. La madre ¿es tuya ó es mía? Consiento en lo que quieras; pero la casa es mía, porque me la dejó mi padre y nací en ella, y hay papeles en casa el notario.

La Martín continuaba llorando oculta por el delantal azul. Las dos muchachas se habían acercado y contemplaban á su padre con inquietud.

Había acabado de comer y dijo á su vez:

—¿Qué es lo que vamos á hacer?

Levesque tuvo una idea.

—Hay que ir á casa del cura; él decidirá.

Martín se levantó y como iba hacia su mujer, ésta se echó en sus brazos sollozando:

—¡Esposo mío! ¡Martín, mi pobre Martín, hete aquí!

Y le estrechaba con fuerza, conmovida por un soplo de lo pasado, por una oleada de recuerdos que le recordaban su juventud y sus primeros abrazos.

Martín, conmovido también, la besaba en la cofia. Los dos niños, al ver que su madre lloraba, se pusieron á chillar y el rorro se desgañitaba á más y mejor.

Levesque, en pie, esperaba.

Vámonos,—dijo; - hay que arreglar esto...

Martín soltó á su mujer, y como miraba á sus hijas, la madre les dijo:

—Dad un beso á vuestro padre.

Se acercaron á un tiempo las dos, secos los ojos, asombradas, un tanto asustadas. Y él las besó una

tras otra, dándoles sonoros besos de marinero. Viendo que se acercaba aquel desconocido, el niño de teta lanzó un chillido tan agudo, que por poco se ahoga.

Después los dos hombres salieron juntos.

Al pasar por el café del Comercio, Levesque preguntó:

—¿Echamos una copa?

—No vendrá mal—declaró Martín.

Entraron y se sentaron en la sala aun vacía.

—Hola, Chicot, dos copas de cognac, del bueno. Es Martín que ha vuelto, Martín, el de mi mujer, ya sabes el del *Dos-Hermanas*, que se había perdido.

Y el cafetero, con tres copas en una mano y una botella en la otra, se acercó, barrigudo, sanguíneo, pletórico y preguntó con calma:

—¡Toma! ¿Hete aquí, pues, Martín?

Martín respondió:

—Heme aquí.

EL GUARDA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

EL GUARDA

Después de comer, se hablaba de aventuras y de accidentes de caza.

Un antiguo amigo de todos nosotros, don Bonifacio, gran cazador y gran bebedor, un hombre robusto y alegre, muy gracioso, de buen sentido y filósofo á su manera, es decir, con filosofía irónica y resignada, que á lo mejor se manifestaba por medio de salidas mordaces, pero nunca tristes, dijo de pronto:

—Yo también sé una historia de caza, ó, por mejor decir, un drama muy extraño. No se parece en nada á los otros, y por lo mismo no lo he contado jamás, creyendo que no gustaría á nadie.

No es muy agradable que digamos. Quiero decir

que no tiene ese interés que apasiona ó encanta ó agrada.

Helo aquí.

Tenía entonces treinta y cinco años y cazaba de continuo.

En aquella época poseía una propiedad muy aislada cerca de Jumiéges, rodeada de bosques y muy apropiada para la caza de liebres y de conejos. Pasaba allí cuatro ó cinco días cada año, solo, porque no había sitio para un amigo.

Tenía allí, de guarda, un antiguo gendarme, buen hombre, pero de genio violento, fiel guardador de la consigna, tremendo para los cazadores furtivos. Vivía solo, lejos de la aldea, en una casita ó barraca, compuesta de cocina y comedor en la planta baja y de dos habitaciones en el primer piso. Una de ellas, una especie de jaula donde cabían una cama, un armario y una silla, estaba reservada para mí.

El tío Cavalier ocupaba la otra. Diciendo que estaba solo en la casa, me he expresado mal. Habitaba con él su sobrino, un muchacho de catorce años que iba á la compra al pueblo, distante tres kilómetros, y que ayudaba al viejo en sus tareas cotidianas.

Ese pillastre, flaco, desmadejado, tenía unos cabellos amarillos tan finos, que parecían la peluca de una gallina plumada, y tan escasos, que parecía calvo. Poseía, además, unos pies enormes y unas manos gigantescas, manos de coloso.

Cojeaba un poco y no miraba nunca á nadie. Me hacía el efecto de uno de esos animales que hieden. Era como un zorro de la especie humana.

Dormía en una especie de agujero que había al final de la escalera que conducía á las habitaciones.

Pero durante mis cortas apariciones en el *Pabellón*—así le llamaba—cedía su camaranchón á una vieja cocinera que venía del pueblo para guisar, la tía Celeste, porque no mè gustaban los bodrios del tío Cavalier.

Conocen ahora los personajes y el cuadro. Allá va la aventura:

Era el 15 de Octubre de 1854; no olvidaré jamás tal fecha.

Salí de Ruán á caballo, seguido de Bock, un pachón del Poitou, ancho de pecho y fuerte de boca, que les daba quince y raya á todos los perros de su casta.

Llevaba á la grupa mi maleta de viaje y mi fusil

en bandolera. Era un día frío, un día triste de mucho viento. Obscuras nubes se amontonaban en el cielo.

Subiendo la cuesta de Canteleu, miraba el ancho valle del Sena, que el río atraviesa hasta el horizonte, ondulando como una serpiente. Ruán, á la izquierda, levantaba todos sus campanarios, y á la derecha cerraban el campo visual los cerros lejanos. Atravesé luego el bosque de Roumare, tan pronto al paso como al trote, y llegué á las cinco al Pabellón, donde me aguardaban Cavalier y Celeste.

Desde diez años antes me presentaba de igual modo en el mismo sitio, y las mismas bocas me saludaban con las mismas palabras:

—Buenos días, señor. ¿Sigue usted bien?

Cavalier no había cambiado. Resistía al tiempo como un árbol añoso; pero Celeste, desde cuatro años atrás sobre todo, estaba desconocida.

Aun cuando era activa como antes, andaba de tal modo encorvada, que su busto formaba casi un ángulo recto con las piernas.

La pobre vieja, muy fiel, parecía siempre muy conmovida al verme, y me decía cada vez que me marchaba:

—Quizá es la última vez que nos vemos, señor.

Y el adiós desolado y temeroso de aquella sirviente, aquella resignación desesperada ante la muerte inevitable y próxima para ella, me conmovía cada año de un modo profundo.

Bajé de caballo, y mientras Cavalier, á quien había estrechado la mano, llevaba el caballo á la barraca que servía de cuadra, entré con Celeste en el comedor.

Al poco rato apareció el guarda. A primera vista noté que no tenía su aspecto habitual. Parecía preocupado, embarazado, inquieto.

Le pregunté:

—¿Cómo va esto, Cavalier? ¿Está usted contento?

Murmuró:

—De todo hay. Ocurre algo que no me place.

Pregunté:

—¿Qué le pasa, pues, hombre? Diga, dígame.

Meneaba la cabeza:

—Aun no, señor. No quiero molestarle con mis cuentos en seguida de llegar.

Insistí; pero se negó en redondo á explicarme nada hasta después de la comida. Sin embargo, por la expresión de su cara comprendía que la cosa debía ser grave.

No sabiendo qué decir, pregunté:

—Y ¿cómo vamos de caza? ¿La hay abundante?

—¡Oh! Ya lo creo; mucho, mucho. Hallará cuanta quiera. Gracias á Dios, tengo buen ojo.

Decía esto con tanta gravedad, con una gravedad tan desolada, que resultaba cómica. Sus gruesos bigotes grises parecían decididos á caer de sus labios.

De pronto recordé que aun no había visto á su sobrino.

—Y Mario ¿dónde está? ¿por qué no aparece?

El guarda tuvo una especie de sobresalto, y mirándome á la cara exclamó:

—Vaya, prefiero decírselo en seguida, señor; si vale más. Mario es el que me causa la pena que siento.

—Pues ¿qué ha ocurrido? ¿dónde está?

—En el estáblo, y esperaba ocasión oportuna para hacerle venir aquí.

—¿Qué ha hecho?

—Se lo diré, señor...

Pero el guarda vacilaba y tenía la voz ronca, temblorosa, la cara trastornada.

Añadió lentamente:

—Fíjese usted. Durante todo el invierno noté que

robaban leña en el bosque de Roseraies; pero no pude dar nunca con el ladrón. Pasé noches y noches en acecho. Nada. Y entonces empezaron á robar leña por el lado de Ecorcheville. Había para volverse loco. Pero era imposible dar con el merodeador. Diríase que conocía todas mis idas y venidas, todos mis proyectos.

Pero he ahí que un día, cepillando los pantalones de Mario, sus pantalones de los días festivos, hallé dos francos en su bolsillo. ¿De dónde habría sacado aquel dinero?

Reflexioné durante ocho días y noté que salía á menudo, y precisamente cuando yo iba á descansar.

Entonces me puse en acecho sin que él pudiera sospechar lo más mínimo. Y después de acostarme una mañana delante de él, volví á levantarme y le seguí. Crea usted que soy diestro en seguir á cualquiera, señor.

Y le sorprendí hurtando la leña de los bosques de usted, señor. ¡Y él era mi sobrino y yo el guarda!

Se me subió la sangre á la cabeza y no sé cómo no le maté, según la tunda que le dí. Sí, crea usted que sacudí de firme y le prometí que cuando usted viniera recibiría otra corrección, para escarmiento.

Crea que he pasado días muy tristes y que he enflaquecido. Un disgusto así es tremendo. Pero ¿qué debía hacer? El muchacho no tiene padres; no me tiene más que á mí. No podía arrojarle, ¿verdad?

Pero le he dicho que si vuelve á las andadas no habrá piedad para él. Eso es. ¿He hecho bien, señor?

Le tendí la mano y repliqué:

—Ha hecho usted bien, Cavalier; es usted un buen hombre.

Se levantó.

—Gracias, señor. Ahora voy á buscarle. Es preciso que le aplique una nueva corrección.

Sabía que era inútil tratar de disuadir al viejo de un propósito que hubiese formado. Dejé, pues, que obrara á su guisa.

Fué á buscar al pillastre y le trajo tirándole de una oreja.

Yo estaba sentado, con el rostro severo de un juez.

Mario me pareció crecido, más feo aun que el año anterior, con su aspecto socarrón y avieso.

Sus grandes manos parecían monstruosas.

Su tío le empujó hacia mí y dijo con su acento militar:

—Pide perdón al propietario.

El muchacho no despegó los labios.

Entonces, cogiéndole por el sobaco, el antiguo gendarme empezó á zurrarle de tal modo que tuve que intervenir para detener los golpes.

El muchacho chillaba ya:

—¡Perdón! ¡perdón! ¡perdón! prometo...

Cavalier le dejó en el suelo y obligándole á ponerse de rodillas:

—Pide perdón—dijo.

El pillastre murmuraba sin levantar los ojos:

—Le pido perdón.

Su tío le levantó, despidiéndole con un bofetón que por poco le hace caer de nuevo.

Escapó y no le vi en toda la velada.

Pero Cavalier parecía aterrado.

—Es un mal bicho—dijo.

Y mientras comimos repitió varias veces:

—No puede usted figurarse cuánto lo siento, señor; no puede figurárselo.

Traté, en vano, de consolarle.

Y me acosté temprano para levantarme con el alba.

El perro dormía ya al pie de la cama cuando apagué la luz.

Me desperté á media noche oyendo los ladridos feroces de Bock. Advertí en seguida que el cuarto estaba lleno de humo. Salté del lecho, encendí luz y abrí la puerta. Entró un torbellino de llamas. La casa ardía.

Cerré de nuevo la puerta y después de ponerme el pantalón y las botas bajé al perro por medio de una cuerda hecha con las sábanas, y después de arrojar por la ventana mis prendas de ropa y mi escopeta, salté á mi vez.

Empecé á gritar con todas mis fuerzas.

—¡Cavalier! ¡Cavalier! ¡Cavalier!

Pero el guarda no se despertaba. Tenía duro el sueño.

Veía, sin embargo, por las ventanas que toda la planta baja ardía, y que la habían llenado de paja para favorecer la combustión.

¡El incendio era intencionado!

Volví á gritar con furor:

—¡Cavalier!

Pensé entonces que el humo le asfixiaba. Tuve una inspiración y cargando mi escopeta de dos cañones disparé contra la ventana.

Los seis cristales cayeron hechos polvo dentro de la habitación. El viejo despertó. Y apareció en

camisa, asustado por aquella claridad de incendio. Le grité:

—La casa arde. Salte por la ventana, ¡aprisa, aprisa!

Las llamas, saliendo bruscamente por las aberturas bajas, lamían la pared, llegaban hasta él, iban á cerrarle el paso. Saltó y cayó de pie, como un gato.

Era tiempo. El techo crujió por el centro, sobre la escalera que formaba como una chimenea para el fuego de abajo; y un inmenso haz rojo se elevó por el aire, ensanchándose como el penacho de agua de un surtidor, y sembrando una lluvia de chispas en torno del pabellón.

Este, al cabo de unos momentos, sólo fué un inmenso brasero.

Cavalier, aterrado, preguntó:

—¿Cómo habrá prendido?

Yo contesté:

—Han pegado fuego á la cocina.

—Y ¿quién puede haber sido?—murmuró.

De pronto lo adiviné.

—Mario - dije.

El viejo comprendió.

—Sí, es posible. ¡Ah, canalla! He aquí por qué no ha vuelto.

Pero un pensamiento horrible me hizo gritar de pronto:

—¿Y Celeste? ¿Celeste?

No contestó, y en aquel momento la casa se hundió con estrépito, no formando más que una enorme hoguera, deslumbradora, sangrienta, una pira formidable donde la desdichada mujer debía estar convertida en una ascua roja, en una ascua humana.

No habíamos oido un solo grito.

Pero como el fuego amenazaba el cobertizo vecino donde estaba el caballo, Cavalier corrió á salvarle.

Apenas hubo abierto la puerta cuando un cuerpo ágil y rápido, pasándole entre las piernas, le hizo caer de bruces. Era Mario que huía á escape.

Cavalier se levantó al instante. Quiso correr para alcanzar al miserable; pero comprendiendo que no lo lograría y enloquecido por un furor irresistible, cediendo á uno de esos movimientos irreflexivos, instantáneos, que no se pueden prever ni contener, cogió mi escopeta que estaba en el suelo, apuntó, y antes que hubiese podido hacer un movimiento, disparó, sin saber siquiera si estaba cargada.

Uno de los cartuchos que había colocado yo es-

taba entero y la carga dió en la espalda del fugitivo, le derribó cubierto de sangre. Arañó el suelo con las manos y las rodillas, como si hubiese querido huir á gatas, bien así como las liebres heridas que ven venir el cazador.

Corrí. El muchacho estertoraba. Murió antes de haberse extinguido el fuego, sin pronunciar una palabra.

Cavalier, en camisa, con las piernas desnudas, estaba junto á nosotros, inmóvil, idiotizado.

Cuando llegaron los aldeanos, se llevaron á mi guarda, que parecía loco.

Me presenté como testigo en el proceso y conté los hechos, como acabo de contarlos, sin omitir detalle alguno. Cavalier fué absuelto. Pero el mismo día desapareció abandonando el país.

No le he vuelto á ver.

Esa es, señores, mi historia de caza.

EN EL BALNEARIO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

En el balneario

Diario del marqués de Roseveyre.

. . . . . .

12 junio 1880.—¡A Loeche! ¡Quieren que vaya un mes á Loeche! ¡Misericordia! ¡Un mes en esa ciudad que dicen que es la más triste, desolada y aburrida de las estaciones de aguas! ¿Qué digo ciudad? Es un agujero, apenas una aldea. ¡Me condenan á un mes de cárcel!

13 junio.—He meditado toda la noche acerca de ese viaje que me asusta. Sólo hay un remedio; llevarse una mujer. ¿Quizá me aburriré menos? Es probable, y de paso veré si ya estoy en disposición de casarme.

Un mes de vida común con una mujer, de intimidad completa, de charla diurna y nocturna. ¡Diablo!

Tomar mujer por un mes no es tan grave como tomarla por toda la vida; pero es ya mucho más serio que tomarla por una noche. Sé que podré despedirla mediante unos centenares de luises; pero entonces quedaré solo en Loeche, lo cual maldita la gracia que me hace.

La elección será difícil. No quiero ni una coqueta ni una boba. No he de aparecer ridículo ni avergonzado á causa de ella. Quiero que digan: «¡Qué suerte tiene el marqués de Roseveyre!»; pero no que cuchicheen: «¡Pobre marqués!» Casi es preciso que mi compañera temporal tenga todas las cualidades de la definitiva. La única diferencia ha de consistir en la que media entre el objeto nuevo y el de lance. ¡Bah! Probaremos; voy á reflexionar.

14 junio.—¡Berta!... Ya di con lo que buscaba. Veinte años, linda; sale del Conservatorio, en espera de contrata, futura estrella. Educación, modales, altivez, inteligencia y... amor, nada le falta. Es un objeto de lance que puede pasar por nuevo.

15 junio.—Está libre; no tiene compromiso de teatro ni de amor. Acepta. Yo mismo he encargado sus vestidos, á fin de que no parezca una perdida.

20 junio.—Basilea. Duerme. Voy á empezar mis notas de viaje.

Es graciosa, encantadora. Al salir á mi encuentro en la estación no la reconocía, pues estaba convertida en una gran dama. Sí; esta muchacha tiene porvenir... en el teatro.

Ha cambiado de actitud, de modales, de ademanes, de andares, de sonrisa, de voz; está irreprochable. ¿Y peinada? ¡Oh! Peinada de un modo divino, de una manera encantadora y sencilla, como mujer que no quiere atraer las miradas, que no ha de gustar á todos, cuyo papel ya no es seducir al primer golpe de vista á los que la ven, sino que quiere gustar á uno solo, discreta, únicamente. Y esto se descubría en todos sus ademanes. La metamorfosis me ha parecido tan completa y bien realizada que le ofrecí mi brazo como lo hubiera hecho á mi esposa.

Al estar solos en el cupé, permanecimos al principio inmóviles y mudos. Luego levantóse el velillo y sonrió... Nada más. Una sonrisa de buen tono.

¡Oh! Temía el beso, la comedia de la ternura; el eterno y vulgar fingimiento de las cortesanas; pero no; se abstuvo. Se conoce que es lista.

Luego hablamos algo así como unos novios jóvenes, algo como extraños. Me gustó aquello. Sonreía á menudo mirándome. Yo era entonces quien tenía ganas de besarla. Pero me contuve.

En la frontera un empleado abrió bruscamente la portezuela y me preguntó:

—¿Su nombre de usted, caballero?

Quedé sorprendido. Contesté:

—El marqués de Roseveyre.

—¿Adónde se dirige usted?

—A las aguas de Loeche, en el Valais.

Tomó unas notas y repuso:

—¿La señora es su esposa?

¿Qué hacer? ¿Qué contestar? La miré vacilando. Estaba pálida y miraba á lo lejos... Sentí que iba á ultrajarla gravemente. Además, era mi compañera por un mes.

—Sí, señor—contesté.

De pronto vi que se ruborizaba. Me sentí dichoso.

En el hotel, al llegar, el dueño le tendió el registro. Me lo pasó y comprendí que miraba lo que escribía. ¡Era nuestra primera noche de intimidad!... Una vez vuelta la página, ¿quién leería aquel registro? Escribí: «Marqués y marquesa de Roseveyre, de paso para Loeche.»

21 junio.—Seis de la mañana. Basilea. Partimos para Berna. Decididamente tuve acierto en la elección.

21 junio.—Diez de la noche. Singular jornada. Estoy algo conmovido. Es tonto lo que me pasa.

Durante el trayecto hablamos poco. Ella se había levantado temprano; estaba cansada; dormitaba.

Apenas estuvimos en Berna quisimos contemplar el panorama de los Alpes, que yo no conocía, y paseamos por la ciudad como dos recién casados.

De pronto vimos una llanura desmesurada y allá á lo lejos, muy lejos, los glaciares. Vistos desde aquella distancia no parecían inmensos, y, sin embargo, me he estremecido. Un sol radiante nos iluminaba; el calor era grande. Las montañas de hielo permanecían frías y blancas. La Jungfrau, la Virgen, dominando á sus hermanos, mostraba su ingente masa de nieve, y todos, hasta donde alcanzaba la mirada, se erguían en torno de ella, á guisa de

gigantes de pálida cabeza, eternas cimas heladas que el sol poniente hacía parecer más blancas, como argentadas, destacándose del azur del cielo.

Su multitud inerte y colosal daba la idea del principio de un mundo nuevo y sorprendente, de una región escarpada, muerta é inmóvil, pero atrayente como el mar, rebosante de un poder de seducción misteriosa. El aire que había acariciado aquellas cimas siempre heladas, parecía llegar hasta nosotros por sobre de los campos raquíticos y floridos, distinto del aire fecundante de las llanuras. Tenía algo de áspero y fuerte, de estéril, como un sabor de los inaccesibles espacios.

Berta, conmovida, miraba sin poder pronunciar una palabra.

De pronto me cogió la mano y me la estrechó. Yo mismo sentía en el alma aquella especie de fiebre, aquella exaltación que nos sobrecoge ante ciertos espectáculos inesperados. Tomé aquella manecita temblorosa y la llevé á mis labios, y la besé, ¿por qué no confesarlo? con amor.

Quedé algo turbado. Pero ¿por qué? ¿Por ella ó por los glaciares?

24 junio.—Loeche, diez de la noche.

El viaje ha sido delicioso. Pasamos doce horas

en Thun, mirando la ruda línea de montañas que al día siguiente debíamos atravesar.

Al salir el sol hemos atravesado el lago, quizá el más bello de Suiza. Nos esperaban ya los mulos. Nos sentamos en sus lomos y marchamos. Después de almorzar en una ciudad, empezamos á subir entrando en la garganta que asciende entre árboles, dominada siempre por las altas cimas. De trecho en trecho, en las cuestas que parecen bajar del cielo, se ven algunos puntos blancos, chalets edificados allí como por milagro. Hemos atravesado torrentes y advertido á veces, entre dos cimas altísimas y cubiertas de pinos una inmensa pirámide de nieve que parecía tan próxima que se hubiera dicho que en veinte minutos podría llegarse á ella cuando en realidad se hubiera tardado más de veinticuatro horas en alcanzarla.

A veces atravesábamos caos de peñascos, llanuras estrechas sembradas de rocas desprendidas, como si dos montañas hubiesen reñido empeñado combate, dejando en el campo de batalla restos de sus graníticos miembros.

Berta, extenuada, dormía sobre su cabalgadura, abriendo de cuando en cuando los ojos para ver el paisaje, y yo la sostenía con una mano, contento al

sentir su contacto, de sentir á través de la ropa el suave calor de su cuerpo. La noche llegó; aun subíamos. Nos detuvimos á la puerta de una mísera hostería perdida en las escabrosidades de la montaña.

¡Hemos dormido! ¡Oh! ¡Dormido!

Al amanecer corrí á la ventana y lancé un grito. Berta vino también y quedó asombrada y encantada. Habíamos dormido en la región de las nieves.

En torno de nosotros había montes enormes y estériles, cuyos huesos grises salían de debajo del blanco manto, montes sin pinos, sombríos y helados, que se elevaban tanto, que parecían inaccesibles.

Una hora después de reanudar nuestra marcha, vimos en el fondo de aquel embudo de granito y nieve, un lago sombrío, negro, sin una arruga, y á lo largo de cuyas orillas anduvimos bastante rato. Un guía nos trajo varias edelweiss, la flor de los glaciares. Berta se hizo con ellas un ramito para el pecho.

De pronto, el desfiladero peñascoso se abrió ante nosotros, y vimos un espectáculo sorprendente: toda la cadena de los Alpes Piamonteses, más allá del valle del Ródano.

Las grandes cumbres dominaban de trecho en trecho las demás cúspides menores. Eran el monte Rosa, grave y pesado; el Cervino, erguida pirámide donde han muerto tantos hombres, el Diente del Mediodía, y cien otras puntas centelleantes como si fueran de diamante, á la luz del sol.

Pero, de súbito, el sendero que seguíamos se detuvo al borde de un abismo, y en su fondo, que tenía una profundidad de más de dos mil metros, encerrado entre cuatro muros rectos, pardos, amenazadores, en una sábana de musgo, vimos algunos puntos blancos que parecían un rebaño de carneros. Eran las casas de Loeche.

Fué preciso dejar los mulos porque el camino era peligroso. El sendero baja por entre las rocas, serpentea, da vueltas, va, vuelve, dominando siempre el precipicio y la aldea que va creciendo á medida que nos acercamos. Aquel es el que llaman paso de la Gemmi, uno de los más bellos, si no el más bello, de los Alpes.

Berta se apoyaba en mi brazo, lanzando gritos de alegría y de espanto, contenta y amedrentada á un tiempo como un niño. Cuando los guías se hubieron adelantado algo y estábamos ocultos por un gran peñasco, me besó. Yo la estreché...

Había yo pensado:

—En Loeche ya tendré buen cuidado de hacer comprender que no estoy con mi esposa.

Pero en todas partes la traté como tal, como si fuera la marquesa de Roseveyre. No podía ahora inscribirla con otro nombre. La habría herido cruelmente y era encantadora de veras.

Pero le dije:

—Llevas mi nombre, amiga mía; espero que te conducirás con extremada prudencia y discreción. Nada de relaciones, de conversaciones, nada de amistades. Deja que te crean altiva; pero haz de modo que jamás tenga que reprocharme lo que he hecho.

Me contestó:

—Pierde cuidado, Renatito.

26 Junio.—Loeche no es triste. No. Es salvaje, pero muy bello. Aquellas murallas de roca por las que saltan cien fuentes parecidas á cintas de plata; aquel ruido eterno del agua que se despeña; aquella aldea sepultada en el fondo de los Alpes, desde donde se ve, como desde el fondo de un pozo, el sol que atraviesa el espacio; el glaciar cercano, blanquísimo, en la gran quebrada del monte y aquel

valle lleno de arroyuelos, de árboles, de frescura y de vida, que baja hacia el Ródano y deja ver á lo lejos las cimas del Piamonte: todo aquello me encanta y enamora. Quizá si Berta no estuviese á mi lado...

Esa muchacha es una alhaja, más reservada y distinguida que una verdadera dama. Oigo que dicen:

—¡Cuán linda es la marquesita!...

27 junio.—Primer baño. Se baja directamente del cuarto á las piscinas, donde ya se remojan más de veinte bañistas, hombres y mujeres mezclados, con trajes de lana blanca. Unos comen, otros leen, otros hablan. Van empujando delante de ellos mesitas flotantes. A veces juegan de un modo que no siempre resulta muy decente. Vistos desde las galerías que rodean el baño parecemos grandes sapos chapuzando en un lebrillo.

Berta se ha sentado en la galería para hablar conmigo. La han mirado mucho.

28 junio.—Segundo baño; cuatro horas de agua. De aquí á ocho días los tomaré de ocho horas. Tengo por compañeros de baño al príncipe de Vanoris

(Italia), al conde de Lovenberg (Austria), al barón Samuel Vernhe (Hungría ó qué sé yo) y además unos quince señores de menos importancia; pero todos nobles. No hay quien no lo sea en los balnearios.

Todos me piden ser presentados á Berta. Yo contesto: «sí,» y me escabullo. Me creen celoso. ¡Qué tontería!

29 junio.—¡Diantre! La princesa de Vanorís ha venido á encontrarme, deseosa de trabar conocimiento con mi mujer, cuando entrábamos en el hotel. He presentado á Berta, pero le he recomendado que procurara evitar encuentros con aquella dama.

2 julio.—El príncipe nos obligó ayer, casi á la fuerza, á que tomáramos el te en sus habitaciones, donde estaban reunidas todas las personas de más viso. Berta era la más linda y elegante de las señoras. ¿Cómo evitarlo?

3 julio.—Ellos lo han querido. Tanto peor. ¿Entre esos treinta hidalgos, hay diez que lo sean de veras? ¿Entre esas dieciséis ó diecisiete mujeres no habrá cinco ó seis que no estén casadas y entre las

casadas, serán irreprochables la mitad? Tanto peor para ellos y ellas. Fué culpa suya.

10 julio.—Berta es la reina de Loeche. Todos la adoran; se la disputan, la miman. A decir verdad, es muy graciosa y distinguida. Me envidian.

La princesa de Vanorís me ha preguntado:

—¿Dónde halló usted esta alhaja, marqués?

Ganas me daban de contestar:

—Primer premio del Conservatorio, sección de comedia, contratada para el Odeón, libre desde el 5 de agosto de 1880.

¡Qué cara hubiese puesto la noble señora!

20 julio.—Berta es verdaderamente sorprendente. Ni una falta de tacto, ni de gusto. Es un fénix.

. . . . . .

10 agosto.—París. Se acabó. Estoy triste. La víspera de nuestra marcha creí que todos iban á llorar. Se decidió ver la salida del sol en el Torrenthorn y luego bajar á la hora de la marcha.

Emprendimos la subida á media noche, en mulos. Los guías llevaban faroles y la larga caravana se extendía por los senderos del bosque de pinos.

Luego atravesamos los pastos, donde las vacas corren en libertad. Luego alcanzamos la región de las piedras, donde hasta la hierba desaparece.

A veces, á derecha ó á izquierda, veíamos una masa blanca, un amontonamiento de nieve en un agujero de la montaña.

El frío era cada vez más vivo y hacía escocer los ojos y la piel. El viento seco de las cumbres nos secaba la garganta, trayendo soplos helados que recorrieron cien leguas de picos helados.

Cuando llegamos á lo alto aun era de noche. Preparamos las provisiones para beber champagne al apuntar el sol.

El cielo palidecía. Veíamos ya el abismo á nuestros pies y más arriba otra cumbre. El horizonte parecía lívido; pero nada veíamos aún claramente.

Pronto vimos á la izquierda una cima enorme, la Jungfrau, y después otra y otra. Aparecían poco á poco como si surgieran con el día. Y estábamos admirados de hallarnos entre aquellos colosos, en aquel paisaje desolado de eternas nieves. De pronto, enfrente, emergió de la obscuridad ln desmesurada cadena del Piamonte. Otras montañas aparecieron al Norte. Era aquello el inmenso país de los altos montes de heladas frentes, desde el Rhindenhorn,

pesado como su nombre, hasta el fantasma apenas visible del patriarca de los Alpes, el monte Blanco.

Unos aparecían altivos y erguidos, otros acurrucados, algunos disformes; pero todos igualmente blancos, como si un Dios hubiese echado sobre la tierra montuosa una sábana inmaculada.

Unos parecían estar tan cerca, que se hubiera creído poder saltar hasta ellos; otros tan lejos que apenas se distinguían.

El cielo se puso rojo y todos se enrojecieron. Diríase que el cielo sangraba sobre ellos. Era soberbio, casi aterrorizador.

Pero pronto palideció la nube roja y todo el ejército de las cumbres tomó insensiblemente un tono rosado, un color de rosa suave y delicado como los vestidos de las niñas.

El sol asomó sobre la sábana de nieve. Entonces, de súbito, todos los glaciares fueron blancós, de un blanco reluciente, como si el horizonte estuviese poblado de cúpulas de plata.

Las mujeres, extasiadas, miraban, miraban.

Se estremecieron; acababa de saltar un tapón de champagne. El príncipe de Vanoris, presentando una copa á Berta, exclamó:

—¡A la salud de la marquesa de Roseveyre!

Todos gritaron:

—¡A la salud de la marquesa de Roseveyre!

Ella subió de pie sobre el mulo y contestó

—¡A la salud de todos mis amigos!

Tres horas después subíamos en el valle del Ródano al tren que debía conducirnos á Ginebra.

Apenas estuvimos solos, cuando Berta, que tan alegre y animada había estado hasta entonces, se puso á sollozar, ocultando el rostro entre las manos.

Me puse de rodillas junto ella:

—¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?—le pregunté.

Balbuceó llorando:

—¡Es... es... es que se acabó... el ser mujer honrada!

Estuve á punto de cometer una tontería, una gran tontería... No la cometí.

Dejé á Berta al entrar en París. Si tardo más quizá hubiera sido harto débil.

(El diario del marqués de Roseveyre no ofrece ningún interés durante los dos años que siguen. En la fecha 20 julio 1883 vemos las siguientes líneas:)

20 Julio 1883.—Florencia. Triste recuerdo acaba de asaltarme. Me paseaba por los Cassines, cuando una señora hizo detener su coche y me llamó. Era

la princesa de Vanoris. Apenas estuve á tiro de voz, me dijo:

—¡Oh, marqués, querido marqués, cuánto me alegro de verle! Deme, deme noticias de la marquesa; es la mujer más encantadora que he conocido.

Quedé sorprendido, sin saber qué contestar y sintiendo honda emoción. Balbuceé:

—No me hable usted nunca de ella, princesa, hace tres años que la perdí.

Me cogió la mano.

—Crea que le compadezco, amigo mío.

Nos despedimos. Entré en la fonda triste y descontento, pensando en Berta, como si acabáramos de separarnos.

¡El destino se engaña bien á menudo!

Muchas mujeres honradas habían nacido para ser rameras, y lo prueban.

¡Pobre Berta! Cuántas otras nacieron para ser honradas... Y aquélla... más que otras... quizá... En fin, no pensemos más en ello.

EL CREUSOT

EL CREUSOT

El cielo es azul, azul del todo, resplandeciente de luz. El tren acaba de pasar por Montchanín. A lo lejos, ante nosotros, se levanta una nube negra, opaca, que parece levantarse del suelo, que obscurece el azul claro del día, una nube pesada, inmóvil. Es la humareda del Creusot. Al acercarse se empieza á ver. Cien chimeneas gigantescas lanzan bocanadas de humo; otras, menos altas y anhelantes, arrojan vapor; y todo aquello se mezcla, se extiende, se cierne, oculta el cielo, apaga el sol. Casi obscurece ahora. Polvillo de carbón ciega los ojos, mancha la piel, ensucia la ropa. Las casas son negras, como frotadas con hollín, el piso es negro, los cristales están empolvados de carbón. Un olor á chimenea, á alquitrán, á hulla, flota, contrae la

garganta, oprime el pecho, y á veces un acre sabor de hierro, de fragua, de metal candente, de abrasador infierno, corta la respiración, os hace levantar la vista en busca de aire puro, del aire sano del espacio inmenso; pero la nube densa y obscura se cierne en lo alto y el polvillo del carbón centellea junto á vosotros.

Es el Creusot.

Un ruido sordo y continuo hace temblar la tierra, un ruido formado de mil ruidos distintos, que de cuando en cuando interrumpe un golpe formidable, que estremece la ciudad entera.

Entremos en los talleres de los señores Schneider.

¡Qué maravilla! ¡Esto es el reino del Hierro donde reina Su Majestad el Fuego!

Por todos partes arde el fuego. Los inmensos edificios se alinean hasta donde alcanza la vista, altos como montañas y repletos de máquinas, dan vueltas, caen, suben, se cruzan, se agitan, resuellan, silban, chirrian, gruñen. Y todas trabajan fuego.

Aquí hay braseros, allí llamaradas, más lejos bloques de hierro candente que van, vienen, salen de los hornos, entran en los engranajes, vuelven á salir y entrar cien veces, cambiando de forma, siempre rojos. Las máquinas voraces tragan aquel fuego deslumbrador, lo trituran, lo cortan, sierran, laminan, hilan y retuercen, hacen de él locomotoras, navíos, cañones, mil cosas diversas, finas como cincelados de artista, monstruosas como obra de cíclopes, complicadas, delicadas, brutales, poderosas.

Tratemos de ver y comprender.

Entramos, á la derecha, en una vasta galería donde funcionan cuatro enormes máquinas. Trabajan con lentitud, moviendo sus ruedas, sus pistones, sus engranajes. ¿Qué hacen? Dar aire á los altos hornos donde hierve el metal en fusión. Son los monstruosos pulmones de los hornos colosales que vamos á ver. Respiran y nada más. Hacen vivir y digerir á los monstruos.

Allí están las fraguas: son dos; en los extremos de otra galería, grandes como torres, barrigudas, rugientes y escupiendo tales chorros de llama, que á cien metros de distancia los ojos quedan cegados, quemada la piel, y se ahoga uno como en una estufa.

Diríase un volcán furioso. El fuego que sale por la boca es blanco, no puede mirarse y es proyectado con tal fuerza y ruido que no hay nada que pueda dar idea de ello.

Allí dentro hierve el acero, el acero Bessmer con el que se fabrica los carriles. Un hombre robusto, guapo, joven, serio, que lleva un sombrero de anchas alas, mira atentamente el espantoso soplo. Está sentado ante una rueda parecida al timón de los navíos, que á veces hace girar como hacen los pilotos. En seguida aumenta la cólera de la fragua, que lanza un huracán de llamas: es que el jefe fundidor ha aumentado la corriente de aire que la atraviesa.

Parecido á un capitán, el jefe toma á veces unos gemelos para fijarse en el color del fuego. Hace un ademán; se adelanta una vagoneta y arroja nuevos metales á la rugiente hoguera. El fundidor aprecia de nuevo los matices de las llamas furiosas, buscando indicaciones, y, de pronto, dando vuelta á otra rueda más pequeña, hace bascular la formidable cuba. Se vuelca lentamente lanzando hasta el techo un terrorífico haz de chispas; y vierte delicadamente, como un elefante que hiciera monerías, algunas gotas de un líquido llameante en un vaso de metal que se le acerca; luego vuelve rugiendo á su posición primera.

Un hombre se lleva aquel fuego salido de sus entrañas. Ahora es un lingote rojo que se coloca bajo

un martillo movido por vapor. El martillo hiere, aplasta, lamina en forma de hojá el metal ardiente que se enfría en agua. Unas pinzas lo cogen y lo rompen. El contramaestre examina el grano que da el corte antes de gritar: «¡Verted!»

De nuevo se vuelca la cuba y como un criado que llenara los vasos en torno de una mesa, vierte el líquido acero inflamado, que lleva en sus entrañas, en una serie de recipientes de metal que hay dispuestos en torno de ella.

Parece moverse de un modo natural, fácil, como si tuviera inteligencia. Pues para mover estas máquinas gigantescas, para hacerlas realizar su tarea, para hacerlas ir, venir, caer, levantarse, dar vueltas, basta tocar palancas no más recias que bastones, tocar unas chapitas parecidas á los botones de los timbres eléctricos. Una fuerza, un genio extraño parece cernerse sobre aquellos sorprendentes aparatos cuyos movimientos guía y facilita.

Salimos con la piel abrasada y congestionados los ojos.

Aquí hay dos torres de ladrillo, al aire libre, demasiado altas para caber bajo techado. Se desprende de ellas un calor insostenible. Un hombre armado de una palanca de hierro las golpea por la base,

hace caer una especie de costra, ahonda más. Pronto aparece una claridad, un punto reluciente. Dos golpes más y brota un torrente de fuego que sigue regueras abiertas en el suelo, va, viene, corre sin descanso. Es el hierro en fusión. Se ahoga uno ante aquel río pavoroso, se huye, se entra en los altos edificios donde se construyen las locomotoras y las grandes máquinas de los buques de guerra.

Ya no se ve nada, ya no se sabe nada; se pierde la cabeza. Aquello es un laberinto de manivelas, de ruedas, de correas, de engranajes en movimiento. A cada instante se pasa por delante de un monstruo que trabaja hierro candente ó frío. Aquí hay sierras que cortan planchas gruesas como el cuerpo; allí puntas que penetran en los bloques de hierro y los atraviesan como una aguja traspasa el paño; más allá otro aparato corta laminitas de acero como las tijeras cortan el papel. Todo aquello anda al mismo tiempo con movimientos distintos, reunión fantástica de monstruos maléficos y bramadores. Y en todos lados se ve fuego bajo los martillos, fuego en los hornos, fuego en todas partes, donde quiera fuego. Y de continuo un golpe formidable y regular que domina el estruendo de ruedas y calderas, de yunques y martillos, hace estremecer el suelo. Es el gran martinete del Creusot que trabaja.

Está en el extremo de un inmenso edificio que contiene diez ó doce más. Todos caen, de cuando en cuando, sobre un bloque incandescente que lanza una lluvia de chispas y se adelgaza poco á poco, se enrolla, toma una forma curva ó recta ó plana según la voluntad de los hombres.

El grande, pesa cien mil kilogramos y cae, como caería una montaña, sobre un bloque de acero candente, mayor aun que él. A cada choque brota un huracán de fuego y se ve disminuir el espesor del bloque que trabaja el monstruo.

Sube y baja sin cesar con facilidad graciosa, movido por un hombre que se apoya en una débil palanca; y recuerda esas fieras espantables que aparecen en los cuentos, domadas por tiernos niños.

Entramos en la galería de los laminadores y el espectáculo es más raro aun. Rojas serpientes corren por el suelo, unas finas como bramantes, otras gruesas como cables. Unas parecen lombrices larguísimas; otras boas pavorosas. Unas son alambres y railes las otras.

Unos hombres, con los ojos protegidos por una tela metálica, y con las manos, brazos y piernas cubiertos de cuero, echan en la boca de las máquinas el eterno trozo de hierro candente. La má-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

quina lo coge, lo tira, lo alarga, tira más aun, lo arroja, lo vuelve á coger, cada vez lo adelgaza más. El hierro se retuerce como un reptil herido; parece luchar, pero cede, se alarga aún, se alarga siempre, de continuo vuelto á coger y arrojado por las mandíbulas de acero.

He aquí los rails. No pudiendo resistir, la roja masa, opaca y cuadrada de Bessemer se dilata bajo el esfuerzo de la máquina, y en algunos segundos se transforma en rail. Una sierra gigantesca lo corta en el punto preciso, y otros y otros siguen sin fin, sin que nada entorpezca ó detenga el formidable trabajo.

Salimos por fin, negros como fogoneros, extenuados, con la vista casi extinta. Y encima de nuestras cabezas se extiende la nube espesa de carbón y de humo, que sube hasta las alturas del cielo.

¡Oh! ¡Algunas flores, una pradera, un riachuelo y hierba donde tenderse sin pensar y sin otro ruido en torno que el murmullo del agua ó el canto del gallo, á lo lejos!

LA SILLERA

LA SILLERA

A León Hennique.

Terminaba la comida de apertura de caza que daba el marqués de Bertrans. Once cazadores, ocho señoras jóvenes y el médico del país estaban sentados alrededor de la mesa bien alumbrada, cubierta de frutos y flores.

Se habló de amor y produjose una animada discusión, la discusión eterna, acerca de si es posible ó no amar muchas veces. Se citaron ejemplos de quienes sólo habían sentido un amor profundo, y otros de quienes amaron á menudo y con violencia. Los hombres, en general, aseguraban que el amor, como las enfermedades, puede herir muchas veces á un mismo individuo y herirle hasta aniquilarle si

halla algún obstáculo en su camino. Aun cuando tal manera de ver fuera cierta, las mujeres, fundándose más en la poesía que en la observación, afirmaban que el amor, el amor verdadero, no puede señorearse más que una vez de un sér humano, y que ese amor que cae como el rayo, una vez ha tocado un corazón, le deja de tal modo vacío, asolado, calcinado, que ningún otro sentimiento poderoso, ningún ensueño, puede germinar en él.

El marqués, que había amado mucho, combatía tal creencia.

—Yo les digo que se puede amar muchas veces y con toda el alma. Me citan ustedes el ejemplo de personas que se han suicidado por amor, como prueba de que no pueden sentir una segunda pasión. Les responderé que si no hubiesen cometido la tontería de suicidarse, lo cual les privaba de toda esperanza de recaída, se hubiesen curado; y hubiesen vuelto á empezar hasta su muerte natural. Sucede con los enamorados lo que con los borrachos. El que ha bebido beberá y amará el que ha amado. Es cuestión de temperamentos.

Se tomó por árbitro al doctor, antiguo médico parisién retirado al campo, y le rogaron que dijera su parecer.

Precisamente no tenía parecer fijo.

—Como decía el marqués, todo es cuestión de temperamentos. Pero sé de una pasión que duró cincuenta y cinco años sin un instante de tregua y que sólo acabó con la muerte.

La marquesa palmoteó alegremente.

—¡Eso es hermoso! ¡Qué bello es ser amado así! ¡Qué dicha, vivir cincuenta y cinco años envuelto en esa afección tierna y penetrante! ¡Cuán dichoso debió ser y cuánto debió bendecir la existencia el que fué amado así!

El médico sonrió.

—Efectivamente, señora, no se engaña usted en un punto, el amado fué un hombre. Le conoce usted; es Choquet, el boticario del pueblo. La mujer era una sillera que quizá también recuerde usted; la vieja sillera que venía cada año á esta quinta. Voy á explicar el caso.

El entusiasmo de las mujeres se había disipado, y en sus rostros asomaba una mueca de asco, como si el amor no debieran sentirlo más que las personas distinguidas y elegantes, que son las únicas dignas de su interés.

El médico añadió:

—Hace tres meses fuí llamado al lecho de muerte

de esa pobre vieja. Llegó la víspera en el carricoche que le servía de casa, arrastrado por el rocinante, y acompañada de los dos perrazos negros que eran sus amigos y guardianes. El cura estaba ya allí. No nombró sus albaceas y para que comprendiésemos el por qué de sus últimas voluntades, nos explicó su historia. No conozco nada tan singular y doloroso.

Sus padres eran ya silleros. Jamás tuvo habitación con cimientos.

De niña corría ya el mundo harapienta, sucia, astrosa. Se detenían á la entrada de los pueblos, á lo largo de los fosos; se desenganchaba el caballo, que pastaba; dormía el perro tendido, y la niña se revolcaba por la hierba mientras sus padres remendaban, á la sombra de los viejos olmos del camino, todas las sillas de la aldea. Apenas se hablaba en aquella casa ambulante. Después de las pocas palabras necesarias para saber quien daría la vuelta por el pueblo lanzando el conocido grito: «¡Silleróoo!», poníanse á retorcer paja frente á frente ó uno al lado de otro. Cuando la niña se alejaba demasiado ó iba á entablar relaciones con algún arrapiezo del pueblo, resonaba la voz colérica del padre llamándola: «¿Quieres volver aquí, mocosa?» Estas eran las solas palabras de ternura que oía.

Cuando fué algo más talluda, la enviaron á recoger las sillas averiadas. Entonces, de cuando en cuando, pudo hablar con algunos muchachos; pero entonces eran los padres de sus nuevos amigos quienes gritaban: «¡A ver si vienes! ¿Quién te ha enseñado á hablar con los vagabundos?...»

Muy á menudo los chiquillos le tiraban piedras.

Una vez que unas señoras le dieron unos céntimos, los guardó cuidadosamente.

Un día, cuando tenía once años, pasando por este pueblo, halló detrás del cementerio á Choquet que lloraba porque otro chiquillo le había robado cinco céntimos. Aquellas lágrimas de un burguesito, de uno de esos seres que sus menguados sesos de desheredada le representaban siempre alegres y satisfechos, la trastornaron. Se acercó, y cuando supo la causa de sus lágrimas, le dió todas sus economías, treinta y cinco céntimos, que el muchacho aceptó como era natural, enjugándose los ojos. Entonces, loca de alegría, tuvo la audacia de besarlo. Como el arrapiezo miraba las monedas, no opuso resistencia, y ella al ver que no era rechazada, empezó otra vez y besó y abrazó con entusiasmo al chico y luego se alejó.

¿Qué pasó en aquella cabeza desdichada? ¿Amó

al chiquillo porque le diera su fortuna de vagabunda ó porque le dió su primer beso? Igual es el misterio para los humildes que para los poderosos.

Durante meses y meses soñó con aquel rincón de cementerio y con aquel galopín. Esperando volverle á ver, hurtó á sus padres, arañando cinco céntimos de aquí y de allá, bien del precio de los remiendos, bien del de los comestibles que le enviaban á comprar.

Cuando volvió había reunido dos francos; pero sólo pudo ver al pequeñuelo, muy limpio, detrás de las vidrieras de la farmacia, entre un bocal rojo y una tenia.

Aun le amó más, seducida, encantada, extasiada por aquella gloria de potingues y cristales.

Guardó de él un recuerdo imborrable, y cuando al año siguiente le encontró detrás de la escuela jugando á bolos con sus camaradas, se echó sobre él, le cogió por un brazo y le besó con tanta violencia que el niño se echó á chillar de miedo. Entonces, para calmarle, le dió tres francos veinte, un verdadero tesoro, que el arrapiezo miraba atontado.

Tomó el dinero y se dejó acariciar cuanto quiso la niña.

Durante cuatro años más le dió cuanto dinero

pudo reunir, dinero que embolsaba el muchacho concienzudamente á cambio de los besos consentidos. Una vez le dió franco y medio, otra vez dos, otra vez sesenta céntimos (lo cual la hizo llorar de humillación; pero el año había sido malo) y la última vez, cinco francos, una gran moneda reluciente que le hizo reir de gusto.

No pensaba más que en él, y el niño esperaba su vuelta con cierta impaciencia y corría á su encuentro, lo cual hacía latir el corazón de la sillera.

Luego desapareció. Estaba en un colegio. Lo supo interrogando hábilmente. Entonces, con diplomacia infinita, hizo variar el itinerario de sus padres para llegar aquí en la época de las vacaciones. Lo consiguió; pero después de un año de lucha. Había estado, pues, dos años sin verle; y apenas le reconoció porque había cambiado muchísimo. Era alto, tenía mejor aspecto con su túnica con botones dorados. Fingió no verla y pasó orgullosamente por su lado.

Lloró la infeliz durante dos días, y desde entonces padeció sin tregua.

Cada año volvía, pasaba por delante de él sin atreverse á saludarle y él no se dignaba mirarla siquiera. Le amaba desesperadamente. Me dijo: «Es

el único hombre que he visto sobre la tierra, señor médico; los demás no sé siquiera si existían.»

Murieron sus padres y ella continuó su oficio; pero tomó dos perros en vez de uno; dos terribles perros que nadie hubiera osado provocar.

Un día al volver á esta aldea donde quedaba su corazón, vió que una joven salía de la tienda de Chouquet dando el brazo á su ídolo. Era su mujer. Estaba casado.

Aquella misma noche se echó á la charca que hay en la plaza de la Alcaldía. Un borracho la salvó y la llevó á la farmacia. Chouquet bajó envuelto en una bata para darle auxilio y, sin parecer reconocerla la desnudó, la friccionó y luego le dijo con acento duro: «¿Está usted loca? ¡No hay que cometer tamañas tonterías!»

Esto bastó para curarla. ¡Le había hablado! Aquello la consoló por mucho tiempo.

Nada quiso cobrar por sus cuidados por más que ella insistía en pagar.

Y toda su vida transcurrió así. Remendaba las sillas pensando en Chouquet. Cada año le veía á través de las vidrieras. Había adquirido la costumbre de comprar en su casa una porción de drogas que para nada le hacían falta. Así le veía de cerca, le hablaba y aun podía darle dinero.

Como dije ya, ha muerto esta primavera. Después de contarme su triste historia, me rogó que entregase al que tan pacientemente amara, todas sus economías, pues sólo había trabajado para él, hasta ayunando—me dijo—para ahorrar y estar segura de que pensaría en ella, una vez por lo menos, cuando habría muerto.

Me dió dos mil trescientos veintisiete francos. Di los veintisiete al cura para el entierro y me llevé los demás cuando hubo cerrado los ojos para siempre.

Al día siguiente fuí á casa los Chouquet. Acababan de almorzar, uno en frente de otro, lucios y colorados, oliendo á drogas, envanecidos y satisfechos.

Me hicieron sentar, me ofrecieron un kirsch que acepté; y empecé mi discurso con acento conmovido, imaginándome que iban á llorar.

Apenas comprendió que le había amado aquella vagabunda, aquella sillera, Chouquet se indignó como si le hubiera robado su reputación; la estima de las gentes honradas, su honor íntimo, algo delicado que le fuera más caro que la vida.

Su esposa, exasperada también, exclamaba: «¡Miserable! ¡miserable! ¡miserable!...» sin acertar con otra palabra.

El boticario se había levantado y paseaba á largos pasos, derribado sobre una oreja el gorro griego. Balbuceaba: «¿Le parece á usted doctor? ¡Es horrible! ¿Qué voy á hacer? ¡Ah! Si lo hubiera sabido cuando vivía, la hago detener y encarcelar. ¡Le respondo que no sale de la cárcel!»

Yo estaba estupefacto del resultado de mi piadosa tentativa. No sabía qué decir ni qué hacer; pero debía completar mi cometido. Y añadí: «Me ha encargado que le entregue sus economías, que suben á dos mil trescientos francos. Pero como veo que este asunto le molesta tanto, quizá lo mejor, sería dar ese dinero á los pobres.»

Marido y mujer se miraron estupefactos.

Saqué el dinero del bolsillo; pobre dinero de todos los cuños y países, revueltas las monedas de oro con las de plata y pregunté: «¿Qué deciden ustedes?»

La señora Chouquet fué la primera en reponerse: «Puesto que fué la última voluntad de esa mujer... paréceme que no podemos rehusar.»

El marido, algo confuso, dijo: «Podríamos comprar algo para los niños.»

Yo dije en tono seco: «Como quieran.»

El boticario añadió: «Deme; ya hallaremos medio de emplear ese dinero en alguna buena obra.»

Entregué el dinero, saludé y salí.

Al día siguiente Chouquet vino á encontrarme y me dijo bruscamente: «Esa... esa mujer creo que ha dejado ahí su carricoche. ¿Qué piensa hacer usted de él?»

—Nada; quédeselo si quiere.

—Sí; me viene de perilla; haré de él una barraca para la huerta.

Se iba. Le llamé: «Tenía también un jamelgo y dos perros, ¿los quiere usted?»

—No, no, ¿qué quiere usted que haga de ellos? Disponga usted lo que guste.

Y se reía. Me alargó la mano que yo estreché. ¿Qué le vamos á hacer? En un pueblo han de ser amigos boticario y médico.

Yo me quedé los perros. El párroco el caballo. El coche sirve de barraca á Chouquet. Con el dinero ha comprado cinco obligaciones de ferrocarriles.

Tal es el único amor profundo que he encontrado en mi vida.

Calló el médico.

La marquesa, á la que casi se le saltaban las lágrimas, suspiró: «Decididamente, sólo las mujeres saben amar.»

EN EL MAR

EN EL MAR

A Enrique Céara.

Hace poco se leía en los periódicos estas líneas:

BOULOGNE-SUR-MER, 22 enero.—Nos escriben:

«Una espantosa catástrofe acaba de sembrar la consternación entre nuestra población marítima que tanto ha padecido durante estos dos últimos años. La barca pescadora mandada por el patrón Javel, al entrar en el puerto ha sido lanzada al Oeste y se ha estrellado en las rocas del rompeolas de la escollera.

»A pesar de los esfuerzos de la barca de salvamento y de los cables lanzados por el cañón portaamarras, han perecido cuatro hombres y el grumete.

»Continúa el mal tiempo. Se temen nuevos siniestros.»

¿Quién es este patrón Javel? ¿Es el hermano del Manco?

Si el pobre hombre, tragado por las olas y muerto quizá bajo los restos de su barca destrozada, es el que me figuro, asistió hace dieciocho años á otro drama, terrible y sencillo, como son siempre esos dramas formidables del mar.

Javel el mayor era entonces patrón de un *chalutier*.

Esta clase de barcas de pesca son las mejores. Sólidos á toda prueba, con la quilla redonda, empujado sin cesar por las olas como un tapón, siempre flotante, azotado de continuo por los vientos duros y salados de la Mancha, aguanta el mar, infatigable con la vela hinchada arrastrando una gran red que barre el fondo del Océano y arranca y coge los peces dormidos en las rocas, los que están pegados á la arena, los pesados cangrejos de ganchudas patas, las langostas de puntiagudos bigotes.

Cuando la brisa es fresca y las olas menudas, empieza á pescar la barca. Su red está fijada á lo largo de un gran palo reforzado con aros de hierro

que hace bajar por medio de dos cables que se deslizan sobre rodillos que hay en los dos extremos de la embarcación. Y esta, derivando á impulsos del viento y de la corriente, arrastra consigo este aparejo que devasta el fondo del mar.

Javel tenía á bordo su hermano menor, cuatro hombres y el grumete. Había salido de Boulogne con buen tiempo para echar la red.

Pero pronto se levantó un viento recio y la borrasca obligó á la barca á buscar su salvación en la fuga. Ganó las costas de Inglaterra, pero el mar, enfurecido, batía los acantilados, se lanzaba contra la tierra, y hacía imposible la entrada en los puertos. La barca ganó otra vez la alta mar y volvió hacia las costas de Francia. La tempestad continuaba impidiendo la entrada en los puertos envolviendo en espuma, ruido y peligro las cercanías de las playas de refugio.

La barca volvió á ganar el mar corriendo por el lomo de las olas sacudida, zarandeada, chorreante, azotada por las masas de agua, pero fuerte á pesar de todo, acostumbrada á aquellos temporales, que á veces la mantenían cinco ó seis días errante entre los dos países vecinos, sin poder abordar en uno ni en otro.

Por fin calmó el huracán cuando estaba en alta mar, y aun cuando ésta estaba algo picada, el patrón mandó echar las redes.

Bajó, pues, el aparejo de pesca y dos hombres á proa y dos á popa, empezaron á soltar sobre los rodillos las amarras que sostenían.

De pronto, tocó al fondo, pero una gruesa ola, inclinando el barco, hizo que el hermano de Javel, que dirigía la operación, se tambaleara quedándole el brazo cogido entre la cuerda que durante un momento estuvo floja por la sacudida y la madera sobre la que se deslizaba. Hizo un esfuerzo desesperado tratando de levantar el cable con la otra mano pero el aparejo arrastraba ya y el cable tenso no cedió.

Vencido por el dolor, gritó Javel. Todos acudieron. Abandonó su hermano el gobernalle. Se lanzaron todos á la cuerda, tratando de libertar el miembro que destrozaba. En vano. «Hay que cortar», dijo un marinero, sacando un ancho cuchillo que en dos golpes podía salvar el brazo de Javel.

Pero cortar, significaba la pérdida del aparejo, que valía dinero, mucho dinero, 1.500 francos; y pertenecía á Javel el mayor que era bastante interesado.

Con el corazón angustiado gritó: «No, no cortes, voy á virar.» Corrió al timón y movió la barra.

La barca apenas obedeció paralizada por aquella red que inmovilizaba su impulso y arrastrada por la fuerza de la deriva y del viento.

Javel el menor estaba de rodillas con los dientes apretados y los ojos dilatados. No hablaba. Volvió su hermano temiendo que un cuchillo acabara con aquella agonía: «Espera, espera, no cortes; hay que echar el ancla.»

Se echó y luego se empezó á virar por medio del cabrestante para aflojar las amarras del aparejo. Se aflojaron por fin y se soltó el brazo inerte bajo la manga de lana ensangrentada.

Javel el menor parecía idiota. Le quitaron la blusa y se vió una cosa horrible, un picadillo de carne del que se escapaba la sangre á torrentes. El herido miró su brazo y murmuró: «¡Perdido!»

Luego, como la hemorragia formaba un charco en la cubierta, uno de los marineros gritó: «Se vaciará. Hay que atar la vena.»

Tomaron entonces un bramante grueso y alquitranado, y dándole vueltas por encima de la herida, apretaron con todas sus fuerzas. Los chorros de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

sangre cesaron poco á poco y acabaron por no correr.

Javel el menor se levantó. El brazo le caía inerte. Lo tomó con la otra mano, lo levantó, le dió vuelta, lo sacudió. Todo estaba roto; los huesos y los nervios; únicamente los músculos sostenían aquel trozo de su cuerpo. Lo miraba con tristeza y reflexionaba.

Se sentó sobre una vela doblada y los camaradas le aconsejaron que mojara constantemente la herida para evitar el mal negro.

Pusieron un cubo cerca de él y cada minuto sacaba un vaso de agua y bañaba la horrible llaga dejando caer sobre ella un hilo de agua clara.

—Estarías mejor abajo—le dijo su hermano.

Bajó, pero al cabo de una hora volvió á subir, porque no temía estar solo. Prefería además el aire libre. Volvió á sentarse sobre la vela y volvió á echar agua en la herida.

La pesca era buena. Anchos pescados de blanco vientre yacían á su lado estremecidos por los espasmos de la muerte, y él los miraba sin que dejara de remojar sus carnes magulladas.

Cuando iban á entrar en Boulogne se desencadenó una nueva racha de viento y la barca corrió de nuevo locamente, saltó y cabeceó zarandeando al pobre herido.

Llegó la noche. El tiempo fué malo hasta el amanecer. Al aparecer el sol se veían las costas inglesas, pero como el mar estaba más tranquilo se tomó la vuelta de Francia dando bordadas. Al amanecer, Javel el menor llamó á sus camaradas y les enseñó huellas negras y manchas rojizas de malísimo aspecto en toda la parte del brazo que ya podía decirse que no era suyo.

Los marineros miraban diciendo su parecer.

—Podría ser el mal negro—dijo uno.

—Habría que mojarlo con agua salada—declaró otro.

Trajeron, pues, agua del mar y la vertieron en la herida. El herido se puso lívido, rechinó los dientes, se retorció, pero no gritó.

Cuando se le calmó el dolor dijo á su hermano:

—Dame tu cuchillo.

Se lo dió.

—Aguántame el brazo en el aire bien recto y tira.

Hizo lo que el herido le pedía.

Entonces procedió á la amputación él mismo. Cortaba con suavidad, con reflexión, cortando los

últimos tendones con aquella hoja afilada como una navaja de afeitar.

Pronto sólo quedó un muñón. Lanzó un profundo suspiro, y declaró:

—Era preciso, sino estaba perdido.

Parecía aliviado y suspiraba con fuerza. Volvió á echar agua sobre el trozo de brazo que le quedaba.

La noche fué mala también y no se pudo desembarcar.

Cuando apuntó el día, Javel el menor, cogió el brazo cortado y lo examinó con detención. La putrefacción empezaba. Los camaradas lo examinaron también, y se lo pasaban de mano en mano, le daban vueltas y lo olían. Su hermano dijo:

—Hay que tirarlo al mar.

Pero Javel el menor se enfadó:

—No, no quiero, me parece que es bien mío puesto que es mi brazo.

Lo cogió y se lo puso entre las piernas.

—Mira que se va á podrir.

Entonces se le ocurrió una idea al herido. Para conservar el pescado cuando se debía permanecer mucho tiempo en el mar, se ponía en barriles de sal.

—¿No podríamos ponerlo en salmuera?

Entonces vaciaron uno de los barriles que estaba lleno de la pesca de los días anteriores, y en el fondo depositaron el brazo, pusieron sal encima, y después volvieron á colocar uno por uno los pescados.

Uno de los marineros dijo esta broma:

—Mientras no vayamos á venderlo al pregón.

Todos se echaron á reir menos los Javel.

El viento soplaba aún. Hasta el día siguiente á las diez no pudieron poner la proa hacia Boulogne. El herido continuaba echando agua sobre el muñón. De cuando en cuando se levantaba y andaba de un extremo á otro de la barca. Su hermano, que estaba en el timón, le seguía con la vista meneando la cabeza. Por fin entraron en el puerto.

El médico examinó la herida y declaró que presentaba buen aspeto. Hizo una cura completa y ordenó el descanso. Pero Javel no quiso acostarse sin recoger su brazo, y volvió al puerto para ver el barril que lo guardaba y que había señalado con una cruz.

Lo vaciaron ante él y recogió su miembro bien conservado en la salmuera, arrugado y fresco. Lo envolvió en una servilleta que llevaba, y se fué á su casa.

Su mujer y sus hijos examinaron mucho rato aquel trozo de su padre, palpando los dedos y quitando los granitos de sal que quedaron entre las uñas y la carne. Luego se llamó al carpintero y se le encargó un ataúd pequeño.

Al día siguiente, la tripulación de la barca siguió el entierro del brazo. Los dos hermanos, uno al lado del otro, presidían el duelo. El sacristán de la parroquia llevaba el cadáver bajo el brazo.

Javel el menor, dejó de navegar. Obtuvo un empleo en el puerto, y cuando más tarde hablaba del accidente, decía en voz baja á su interlocutor:

—Si mi hermano hubiese cortado el aparejo, de fijo que conservaría el brazo, pero miró por sus intereses.

UN NORMANDO

UN NORMANDO

A Pablo Alexis

Acabábamos de salir de Ruán y corríamos al trote largo por la carretera de Jumièges. Volaba el ligero carruaje atravesando las praderas; pero para subir la cuesta de Canteleu pusimos el caballo al paso.

Se descubre desde allí uno de los panoramas más hermosos del mundo. A la espalda queda Ruán, la ciudad de los templos de góticos campanarios labrados como juguetes de marfil; en frente Saint-Sever, el arrabal fabril que yergue al cielo sus mil chimeneas humeantes frente á los mil campanarios de la antigua ciudad.

Aquí la flecha de la catedral que marca el límite

más alto que ha alcanzado una obra humana; allí la «Bomba de fuego» del «Rayo», su rival en altura, pues tiene un metro más que la más gigantesca pirámide de Egipto.

Ante nosotros se extendía ondulante el Sena, sembrado de islas, ceñido á la derecha por blancos acantilados que corona un bosque, y á la izquierda por praderas inmensas que otro bosque limita á lo lejos, muy á lo lejos. De trecho en trecho se advierten grandes buques anclados en el ancho río. Tres enormes vapores se dirigían uno tras otro al Havre, y un convoy de buques, compuesto de una fragata, dos goletas y un brick, remontaba la corriente hacia Ruán, remolcado por un vaporcito que arrojaba nubes de negro humo.

Mi compañero, hijo del país, no miraba siquiera panorama tan sorprendente; pero sonreía de continuo; parecía reir interiormente. De pronto no pudo contenerse: «¡Ah! va usted á ver algo que vale la pena; la capilla del tío Mateo. Se relamerá usted de gusto.»

Le miré con asombro, y entonces añadió:

—Verá usted una de las cosas más típicas de Normandía. El tío Mateo es el normando más castizo de la provincia, y su capilla es una de las maravi-

llas del mundo, tal como usted lo oye; pero conviene que le dé antes algunas explicaciones.

El tío Mateo, á quien llaman también el tío «Trago», es un ex-sargento que se ha retirado á su país natal. Reune en admirables proporciones, que forman un conjunto perfecto, la marrullería del soldado viejo á la gramática parda del normando. Al volver á su tierra se ha convertido, gracias á múltiples protecciones y á su habilidad increíble, en guardián de una capilla milagrosa, protegida por la Virgen, y frecuentada principalmente por las solteras que están en cinta. Ha bautizado su estatua milagrosa con el nombre de «Nuestra Señora Barrigona», y la trata con una familiaridad burlona no exenta de respeto. Ha compuesto y hecho imprimir una oración especial para su *Buena Virgen*. Esta oración es una obra maestra de ironía involuntaria, de gracia normanda, en que andan mezclados la mofa y el miedo al *Santo*, el miedo supersticioso de la influencia secreta de algo indefinido. No tiene gran re en su patrona; pero cree algo en ella y la respeta, por conveniencia.

He aquí el principio de esta asombrosa oración: «Noble y buena Virgen María, patrona natural

de las madres solteras de este país y de toda la tierra, proteged á vuestra sierva que faltó en un instante de descuido.»

. . . . . .

Esta súplica termina así:

«No me olvidéis cerca de Vuestro Santo Esposo é interceded cerca de Dios Padre para que me conceda un buen marido parecido al vuestro.»

Esta oración, prohibida por el clero de la comarca, la vende él á escondidas, y pasa por ser muy favorable á las que la recitan con fervor.

Habla de la Virgen como hablaba de su amo el criado de un príncipe muy temido, confidente de todos sus secretillos íntimos. Sabe acerca de ella una colección de anécdotas graciosas que cuenta en voz baja en las reuniones de amigos.

Ya lo verá usted.

Como las rentas que le proporcionaba la Patrona no le parecían suficientes, ha añadido á la Virgen principal un Lote de Santos.

Los tiene todos ó casi todos. Como no había bastante sitio en la capilla, los ha almacenado en la leñera, de donde los saca en cuanto un devoto los pide.

El mismo labró esas estatuitas de madera indecible-

mente grotescas y las pintó de verde un año que pintaron su casa. Ya sabe usted que los santos curan las enfermedades, pero cada cual tiene su especialidad; no hay que equivocarse. Están celosos unos de otros como los están los comicastros. Las viejas comadres van á consultar á Mateo.

—¿Qué santo es el mejor para el dolor de oídos? Hay San Osimo que es bueno, y también San Panfilo que no es malo.

Mateo tiene otras habilidades.

Como le sobra tiempo, bebe, pero bebe á fuer de artista y de aficionado, así es que todas las noches está achispado. Lo está, pero lo sabe; lo sabe tan bien, que se fija á diario en el grado exacto de su borrachera. Es esta su principal ocupación, y la capilla sólo ocupa el segundo lugar.

—Oiga y agárrese usted, ha inventado el ebriómetro.

El instrumento no existe, pero las observaciones de Mateo son tan precisas como las de un matemático.

De continuo oirá usted que dice:

—Desde el lunes he pasado del 45.

O bien:

—Estaba entre los 52 y 58.

O bien:

—Había llegado de 66 á 70.

Algunas veces exclamaba:

—¡Maldito perro, creía no haber pasado de los 50, y de repente veo que había llegado á los 75!

Nunca se engaña. Asegura no haber alcanzado jamás el metro, pero como confiesa que sus observaciones dejan de ser precisas cuando pasa del 90, no hay que fiar en su afirmación.

Cuando Mateo confiesa que ha pasado de los 90, tenga usted la seguridad de que está bien borracho.

En tales ocasiones, su mujer Amelia, que es otra maravilla, se encoleriza de un modo horrible. Le espera en la puerta, y cuando vuelve le grita:

—¿Ya estás aquí, perdido, marrano, borrachín?

Entonces Mateo, que no ríe, se planta delante de ella y dice con acento severo:

– Cállate, Amelia, no es este el momento de hablar. Espera á mañana.

Y si continúa vociferando, se acerca y le dice con acento ronco:

—No chilles; he llegado á los 90; se acabó la medida. ¡Si hablas, pego!

Entonces Amelia se retira prudentemente.

Y si al día siguiente quiere volver á hablar del mismo asunto, se ríe él descaradamente, y dice:

—¡Ea, ea, basta de charla; ya pasó. Mientras no llegue al metro no hay peligro; si paso del metro, te permito que me riñas; palabra!

Habíamos llegado á la cima de la colina. La carretera se hundía en el bosque admirable de Roumare.

El otoño, el otoño maravilloso mezclaba su oro y su púrpura á los últimos tonos verdes como si gotas de sol fundido hubieran caído del cielo á la espesura.

Atravesamos Duclair; luego, en vez de continuar hacia Jumieges, mi amigo volvió á la izquierda, y tomando un sendero seguimos por el monte bajo.

Muy pronto desde una alta colina descubríamos de nuevo el magnífico valle del Sena y el río tortuoso que corría á nuestros pies.

A la derecha, una casita techada de pizarra y con una torrecilla minúscula, se apoyaba en una linda casa de persianas verdes, casi cubierta de madreselvas y rosales.

Una voz recia, gritó:

—¡Amigos vienen!

El tío Mateo apareció en el umbral.

Era un hombre de unos sesenta años, flaco, con una barbilla y unos largos bigotes blancos.

Mi compañero le estrechó la mano, me presentó, y Mateo nos hizo entrar en una fresca cocina que le servía también de salón de recepción.

—Yo, señor,—dijo—no tengo sala aparte. No me gusta alejarme de los guisos. Las cacerolas son buena compañía para un hombre.

Luego, volviéndose hacia mi amigo, interrogó:

—¿Por qué viene usted en jueves? ¿No sabe que hoy es el día de consulta de mi patrona? Esta tarde no puedo salir.

Y corriendo á la puerta, lanzó un espantoso mugido.

—¡Ame-e-e-e-lia! que debió asustar á los marineros de los navíos que bajaban ó subían el río en el fondo del profundo valle.

Amelia no contestó.

Entonces Mateo guiñó el ojo con socarronería.

—Está enfadada conmigo — dijo — porque ayer llegué á los 90.

Mi amigo se echó á reir.

—¿A los noventa, Mater, qué ocurrió, pues?

—Voy á decírselo—contestó Mater.—El año pasado recogí pocas manzanas de las llamadas de albaricoque. Pocas había, pero son las que dan mejor sidra. Hice con ellas una barrica que ayer destapé. Es un verdadero néctar; ya lo verán ustedes.

Hipólito estaba conmigo, y echamos un trago y luego otro sin satisfacernos. De modo que, de trago en trago, llegué á sentir una especie de frío en el estómago. Entonces dije á Hipólito: «Podríamos beber una copita de coñac para calentarnos.» Consintió, pero el coñac nos calentó tanto, que hubo que volver á la sidra; y así, de frío en calor y de calor en frío, advertí que había llegado á los 90. Hipólito estaba ya tocando al metro.

Se abrió la puerta. Amelia apareció, y antes de saludarnos, dijo:

—Maldito marrano, los dos pasábais del metro.

Entonces Mateo se enfadó.

—No digas eso, Amelia, no he llegado jamás al metro.

Nos hicieron un excelente almuerzo que comimos en la puerta, bajo dos tilos al lado de la capillita de «Nuestra Señora de la Gran Barriga» enfrente del inmenso panorama.

Mateo nos contó entre burlas y penas inverosímiles historias de milagros.

Habíamos bebido mucha sidra magnífica, picante y azucarada, fresca y embriagadora, preferible á todos los líquidos, según mi compañero, y fumába-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO REYES
MONTERREY, MEXICO

mos una pipa á caballo en las sillas cuando llegaron dos buenas mujeres.

Eran viejas, amojamadas, corcobadas. Después de saludar pidieron San Blanco. Mateo nos guiñó el ojo y contestó:

—Voy á dárselo.

Desapareció en la leñera.

Al cabo de cinco minutos volvió con cara consternada.

Levantaba en alto los brazos muy apurado, y decía:

—No sé dónde está; no lo encuentro. Sin embargo estoy seguro que lo tenía.

Entonces haciendo bocina de las manos mugió de nuevo:

—¡Ame-e-e-e-lia!

Desde el fondo del patio contestó su mujer:

—¿Qué hay?

—¿Dónde está San Blanco? No lo encuentro en la leñera.

Entonces Amelia gritó esta explicación:

—¿No es el que cogiste la otra semana para tapar el agujero de la jaula de los conejos?

Mateo se estremeció.

—¡Voto al diablo! ¡Bien pudiera ser!

Entonces dijo á las mujeres:

—Vengan ustedes.

Le siguieron. Nosotros también, reventando de risa.

Efectivamente, San Blanco, hundido en el suelo como una simple estaca, manchado de barro y porquería, servía de pie derecho á la jaula de los conejos.

Apenas lo vieron las mujeres cuando cayendo de rodillas se santiguaron murmurando *oremus*. Pero Mateo se precipitó hacia ellas, y dijo:

—Esperen, no se ensucien; voy á echar ahí una brazada de paja.

Fué á buscar la paja que les sirvió de reclinatorio. Luego, mirando el santo embadurnado de barro y temiendo sin duda el descrédito para su comercio, añadió:

—Voy á lavarle un poco.

Tomó un cubo de agua y un cepillo, y empezó á restregar vigorosamente al santo de madera, mientras las dos viejas continuaban rezando.

Cuando hubo acabado, añadió:

—Ahora está al pelo.

Y nos condujo de nuevo hacia los tilos para echar un trago.

En el momento de llevar el vaso á la boca se detuvo, y nos dijo un tanto turbado:

—Cuando puse San Blanco en la jaula de los conejos creía que ya no me daría más ganancias. Hace dos años lo menos que no me lo pedían, pero los santos, créanlo ustedes, no pasan nunca de moda.

Bebió y añadió:

—Ea, otro traguito; con los amigos se ha de llegar por lo menos á los cincuenta y ahora sólo estamos á los treinta y ocho.

En el campo

A Octavio Mirbeau.

Las dos cabañas estaban una al lado de otra, al pie de una colina próximas á un balneario. Los dos labriegos trabajaban con afán la tierra infecunda para mantener á los pequeñuelos. Cada matrimonio tenía cuatro. Ante las dos puertas vecinas los chiquillos correteaban desde la mañana á la noche. Los dos mayorcitos tenían seis años y los pequeños cerca de quince meses. Los matrimonios y los nacimientos habían ocurrido casi simultáneamente en ambas casas.

Las madres apenas sabían distinguir á sus hijos unos de otros. Los padres los confundían del todo. Los ocho nombres bailaban de continuo en su cabeza y se confundían sin cesar; y cuando era preciso llamar á uno, á veces gritaban tres los hombres antes de acertar con el verdadero.

La primera de las dos viviendas viniendo del balneario de Rolleport, la ocupaban los Tuvache, que tenían tres niñas y un muchacho, y la otra los Vallin, que contaban una muchacha y tres chicos.

Vivían con gran trabajo, de sopas, patatas y aire puro. A las siete, por la mañana, luego á medio día, y después á las seis de la tarde, las dos mujeres reunían á sus arrapiezos para darles la bazofia, bien así como las guardadoras de ocas reunen las aves. Los niños estaban sentados por tallas ante la mesa de madera bruñida por cincuenta años de uso. El más pequeñín apenas llegaba con la boca á la altura de la mesa. Ponían ante ellos un plato sopero lleno de pan mojado en el agua en que cocieron las patatas, media col y tres cebollas, y todos comían cuanto podían. La madre daba de comer al menor. Un poco de carne del cocido los domingos era una fiesta para todos, y aquel día, los hombres permanecían un rato de sobremesa, diciendo:

—De buena gana comeríamos así todos los días.

Un medio día del mes de agosto se detuvo un ligero carruaje ante las dos cabañas, y una señora joven, que guiaba, dijo á un caballero que iba sentado junto á ella:

—¡Mira, Enrique, mira cuántos chiquillos! ¡Qué monos son corriendo y jugando de esa manera!

Nada contestó el interpelado, pues se había acostumbrado ya á aquellas admiraciones que le producían tristeza y que casi eran un reproche.

La joven añadió:

—Quiero besarlos. ¡Ah! con cuánto gusto me quedaría con el más pequeñín.

Y saltando del coche corrió hacia los niños, cogió uno de los más pequeños, el de los Tuvache, y tomándole en brazos, le besó apasionadamente en las mejillas sucias, en el pelo rubio y rizado lleno de polvo, y en las manos que agitaba para evitar aquellas caricias fastidiosas.

Luego volvió á subir al coche y se alejó al trote largo. Apareció de nuevo á la semana siguiente, se sentó en el suelo, tomó al chiquillo en brazos le atiborró de dulces, dió también á los otros y jugó con ellos como una muchacha, mientras su marido esperaba pacientemente en el coche.

Volvió de nuevo, trabó conocimiento con los padres y por fin fué á visitarles á diario con los bolsillos llenos de golosinas y de monedas de cobre. Se llamaba la señora de Hubieres.

Una mañana, al llegar, bajó su marido con ella del coche; y sin detenerse en acariciar á los chiquillos que ya la conocían muy bien, penetró en la barraca.

Los labriegos estaban allí partiendo leña para hacer la sopa; se levantaron sorprendidos, ofrecieron sillas y esperaron. Entonces la joven, con voz entrecortada, temblorosa, dijo:

—Buenas gentes, vengo á verles, porque quisiera llevarme conmigo... su pequeñuelo.

Los campesinos, estupefactos y sin saber lo que les pasaba, no contestaron.

Ella tomó aliento y continuó:

—No tenemos hijos, estamos solos mi marido y yo... ¿quieren ustedes dejárnoslo?

La campesina empezaba á comprender.

—¿Quieren ustedes llevarse á Carlitos?—preguntó.—No, no, señora.

Entonces el señor de Hubieres habló á su vez:

—Mi esposa se ha explicado mal. Queremos adoptarlo, pero les vendrá á ver á ustedes. Si resulta un buen chico, como es de creer, será nuestro heredero. Si por azar tuviéramos hijos, tendría la misma parte que ellos. Pero si por casualidad no fuera dócil, le daríamos á su mayor edad veinte mil francos, que depositaremos inmediatamente á su nombre en casa de un notario. Y como también es justo pensar en ustedes, les daremos hasta su muerte una renta de cien francos mensuales. ¿Han comprendido ustedes?

La mujer se levantó furiosa.

—¿Quieren ustedes que les vendamos á Carlitos? No, no; hay cosas que no deben pedirse á una madre. ¡No! sería abominable.

Su marido no contestaba, y permanecía serio y meditabundo aprobando á su mujer con un movimiento continuo de cabeza.

La señora de Hubieres, desesperada, se echó á llorar, y volviéndose hacia su esposo, medio sollozando, con la voz de un niño de quien se satisfacen comunmente todos los deseos, balbuceó:

—No quieren, Enrique, no quieren.

Entonces hicieron una última tentativa.

—Amigos míos, piensen ustedes en el porvenir de su hijo; en la buena posición que le espera, en...

La campesina, exasperada, le cortó la palabra:

—Sí, lo hemos pensado, y oído y reflexionado todo... Váyanse ustedes y no se acerquen más aquí. ¡Hase visto, querer apropiarse un niño de esta manera!

Entonces la señora de Hubieres, al salir vió que los pequeñuelos eran dos, y aun llorando, con la tenacidad de una mujer voluntariosa y mimada que no quiere esperar:

—¿Este otro niño es también de ustedes?

El tío Tuvache respondió:

—No, es de los vecinos; pueden ustedes ir si quieren.

Y volvió á su casa donde aun resonaba la voz indignada de su mujer.

Los Vallin estaban ya á la mesa comiendo despacito rebanadas de pan que untaban cuidadosamente con un poco de manteca sirviéndose los dos del mismo plato.

El señor de Hubieres volvió á formular sus proposiciones, pero esta vez con mayores precauciones oratorias, con más astucia.

Los dos rústicos movían la cabeza en señal de

negativa, pero cuando les habló de los cien francos mensuales, se miraron consultándose, casi dispuestos á ceder.

Durante un rato permanecieron silenciosos, agitados, atormentados. La mujer dijo al cabo:

—¿Qué te parece á ti?

Y él dijo en tono sentencioso:

—Digo que no es de despreciar.

Entonces la señora de Hubieres, que temblaba de angustia, les habló del porvenir del rapaz, de su dicha, del dinero que más adelante podría darles.

El labriego preguntó:

—¿Esa renta de mil dos francos se nos asegurará por medio de un documento público?

El señor de Hubieres contestó:

—Sí, ciertamente. Desde mañana.

La campesina, que meditaba, añadió:

—Cien francos al mes no basta para privarnos del niño. Dentro de algunos años trabajará y ganará dinero. Necesitamos ciento veinte francos.

La señora de Hubieres agitada por la impaciencia los otorgó en seguida, y como quería llevarse al punto el niño, les regaló cien francos mientras su marido extendía un documento. El alcalde y un vecino, llamados rápidamente sirvieron con gusto de testigos.

La joven, radiante de alegría, se llevó al rapazuelo que vociferaba, como se lleva uno una estatuita preciosa de un bazar.

Los Tuvache les miraron marchar asomados á la puerta, mudos, severos, arrepentidos quizá de su negativa.

No se oyó hablar más del hijo de Juan Vallin. Sus padres cobraban todos los meses los ciento veinte francos en casa del notario, y habían reñido con los vecinos, porque la tía Tuvache les abrumaba á injurias repitiendo sin cesar de puerta en puerta que era preciso ser una madre desnaturalizada para vender un hijo, y que era un horror, una porquería y una brutalidad.

A veces tomaba en brazos á su Carlitos y le gritaba dándose importancia como si le comprendiese:

—Yo no te he vendido, no, hijo mío, yo no vendo á mis hijos, no; no soy rica, pero no vendo los hijos de mis entrañas.

Y durante años y años diariamente abrumó á sus vecinos con alusiones groseras que vociferaba en la puerta á fin de que pudieran oirlas á su gusto. La madre Tuvache había acabado por creerse superior á todas las mujeres de la comarca por no haber vendido á su Carlitos. Y los que hablaban de ella decían:

—Buenas proposiciones la hacían, pero se portó como una buena madre.

La citaban como ejemplo, y Carlitos, que tenía ya dieciocho años, se juzgaba también superior á sus camaradas porque no le habían vendido.

Los Vallin vivían con relativa holgura gracias á la pensión que recibían, y el furor de los Tuvache, que continuaban míseros, provenía de ahí.

Su hijo mayor ingresó en filas; el segundo murió; Carlitos fué el único que quedó en casa para mantener á sus padres viejos y á dos hermanas menores que tenía.

Tendría unos veintidós años, cuando una mañana, un hermoso carruaje se detuvo á la puerta de las dos viviendas. Un señorito que lucía cadena de oro, bajó y dió la mano á una señora anciana canosa. La anciana le dijo:

—Aquí es, hijo mío, en la segunda casa.

Entró como en su casa en la barraca de los Vallin.

La vieja campesina lavaba los delantales y el padre valetudinario dormitaba junto al hogar. Ambos levantaron la cabeza y el joven dijo:

—Buenos días, papá; buenos días, mamá.

Se levantaron azorados. La campesina, sobrecogida, dejó caer el jabón en el agua y balbuceó:

—¿Eres tú, hijo mío? ¿eres tú, hijo mío?

El la estrechó entre sus brazos y la besó repitiendo:

—Buenos días, mamá.

Entre tanto, el viejo, tembloroso, le decía con su acento tranquilo que no le abandonaba jamás.

—¿Ya has vuelto, Juan?—como si le hubiera visto el mes anterior.

Cuando se hubieron reconocido, los padres quisieron enseñar el hijo á los notables del pueblo. Le llevaron á casa del alcalde, del síndico, del cura y del maestro.

Carlitos, de pie en el umbral de su casucha, le miraba pasar.

Por la noche, cenando, dijo á los viejos:

—¡Qué tontos fuísteis dejando que los Vallin dieran su hijo á esos señores!

Su madre le contestó con obstinación:

—¡No queríamos vender á nuestro hijo!

El padre nada decía. El hijo repuso:

—Cuidado que tiene mala sombra ser sacrificado así.

Entonces el padre Tuvache, exclamó con ira:

—¿Vas á reprocharnos haberte criado?

El joven contestó brutalmente:

—Sí, os lo reprocho; sois unos imbéciles. Padres como vosotros causan la desgracia de sus hijos. Merecerías que os abandonase.

La buena mujer lloraba á moco y baba. De pronto gimió mientras continuaba tomando cucharadas de sopa de las que vertía la mitad.

—Mátese usted para criar á los hijos.

El mozo contestó rudamente:

—Preferiría no haber nacido para ser lo que soy. Desde que he visto al otro, se me ha revuelto la sangre, pues he pensado: He aquí lo que sería ahora.

Se levantó.

—Mirad, me parece que lo mejor será marcharme, porque de continuo les echaría en cara eso, y llevaríamos todos una vida perra. ¡Crean que no se lo perdonaré jamás!

Los dos viejos callaban, aterrados, llorosos. Carlitos añadió:

—Sí, sería terrible. Prefiero ir á ganarme la vida á otra parte.

Abrió la puerta. Oyóse ruido de voces. Eran los Vallin que festejaban la vuelta de su hijo.

Entonces Carlitos dió una patada, y volviéndose hacia sus padres, gritó:

—¡Anda, estúpidos!

Y desapareció entre las tinieblas de la noche.

FIN

ÍNDICE

	Páginas
El testamento	7
La becada	19
El marrano de Morín	27
Pierrot	53
Minué	65
El miedo	77
Una broma normanda	91
Los zuecos	103
La vuelta	115
El guarda	129
En el balneario	145
El Creusot	165
La sillera	175
En el mar	189
Un normando	201
En el campo	213